

## Trabajo Fin de Grado

# DEL GRAN TURCO AL HOMBRE ENFERMO

El Imperio otomano y su papel en la globalización y  
occidentalización desde el siglo XV

Autor

Íñigo Bienzobas Gil

Director

Jesús Gascón Pérez

Facultad de Filosofía y Letras  
2020

# ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	3
HISTORIOGRAFÍA Y ESTADO DE LA CUESTIÓN .....	4
METODOLOGÍA.....	6
<b>1. ORIENTE, CONSTRUCTO ANTITÉTICO DE OCCIDENTE</b> .....	7
LOS MONOPOLIOS DE OCCIDENTE .....	10
LAS PERSPECTIVAS GLOBALES .....	14
<b>2. EL MUNDO OTOMANO</b> .....	18
EL IMPERIO OTOMANO Y LA MUNDIALIZACIÓN MODERNA.....	18
EL MOSAICO OTOMANO .....	27
<b>3. SUBORDINACIÓN Y OCCIDENTALIZACIÓN</b> .....	33
LA DECADENCIA OTOMANA .....	34
REFORMISMO OCCIDENTAL, INSTRUMENTALIZACIÓN OCCIDENTAL ...	39
LA CONSUMACIÓN DEL DEVENIR HISTÓRICO OTOMANO .....	47
<b>CONCLUSIONES</b> .....	52
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	54

# INTRODUCCIÓN

El Imperio otomano fue una de las estructuras políticas más longevas de la historia. Considerando la fecha de su inicio con la configuración de un *beylik* (principado fronterizo) en Anatolia en el siglo XIV y de su final tras la Primera Guerra Mundial y la revolución de Mustafá Kemal «Atatürk», estamos ante una organización política de más de seiscientos años, un periodo de tiempo extremadamente largo, en el que el Imperio otomano apareció como catalizador de las inquietudes europeas respecto al mundo oriental-musulmán, pasando de ser considerado el «Gran Turco» en el siglo XV al «Hombre Enfermo» en el XIX.

Es esa prolongada duración y su situación espacial, con un pie en Europa y otro en Asia, lo que nos permite considerar al Imperio otomano como eje de todas las dinámicas abiertas entre estos dos mundos desde la Edad Moderna, especialmente a través de enfoques de historia global y desde la perspectiva de la división dicotómica del mundo entre Oriente y Occidente. De esta manera, el Imperio otomano se presenta como una suerte de paradigma (al menos dentro del mundo islámico) de las sociedades que se desarrollaron de forma paralela a los grandes procesos globales que se abrieron en el siglo XV. Por ello, en este análisis me voy a centrar en el papel del Imperio otomano en procesos como la mundialización y la globalización modernas, en la divergencia cultural, económica y política que se da entre Occidente y Oriente a partir del siglo XVII, en el consecuente dominio europeo sobre el resto del mundo y, finalmente, en cómo estos tres macroprocesos (mundialización/globalización, divergencia y dominio occidental) conducen a la propagación de las formas occidentales sobre el resto del mundo, la «occidentalización». En este sentido, la tesis fundamental de este trabajo es que el Imperio otomano estuvo inserto como agente activo en las dinámicas mundializadoras y globalizadoras abiertas en la Era de los Descubrimientos, pero que, desde finales de la Edad Moderna, con la progresiva decadencia otomana y el paralelo despegue europeo, el Imperio pasó a ser un agente pasivo de estos procesos, sufriendo sus dinámicas y abocándose a una creciente subyugación y occidentalización.

Para este análisis, el trabajo se estructurará en tres partes. En la primera, desarrollaré nociones teóricas sobre las perspectivas historiográficas globales y sobre

términos como Occidente, Oriente, modernidad, mundialización, etc. En la segunda parte analizaré el papel del Imperio otomano en la mundialización de la Edad Moderna y en su heterogeneidad interna. Finalmente, en la tercera parte, estudiaré la decadencia otomana y cómo este proceso provocó una serie de contradicciones internas que se tradujeron en una dinámica dicotómica entre reformismo (esto es, occidentalismo) y tradicionalismo, así como en una creciente injerencia de las potencias europeas sobre la política y la economía otomanas.

## HISTORIOGRAFÍA Y ESTADO DE LA CUESTIÓN

Historiográficamente, los estudios sobre el Imperio otomano se encuentran bastante extendidos a nivel internacional. No ocurre lo mismo en España. El número de publicaciones sobre este Imperio en castellano es limitadísimo (más allá de la rivalidad con la monarquía hispánica en el siglo XVI) y la situación académica sobre el tema es bastante deficiente, en contraposición con otras disciplinas más prolíficas como el arabismo. Esto provoca que los interesados en el tema no dispongan de medios para aprender cuestiones tan básicas para un historiador como el idioma de sus fuentes primarias o que algunos autores españoles hayan optado por escribir directamente en inglés ante la escasa atracción que genera entre la comunidad nacional<sup>1</sup>.

La historia global y la historia comparada son las grandes perspectivas que han triunfado internacionalmente a la hora de analizar el Imperio otomano. Hoy en día, los grandes debates historiográficos al respecto son<sup>2</sup>:

- 1) La naturaleza del Estado otomano, considerado generalmente un Estado fuerte, burocratizado, motor de la modernización frente a una sociedad pasiva.
- 2) La noción de Imperio, especialmente la contradicción que surge en el siglo XIX entre la realidad imperial y la voluntad de crear una nación «moderna».
- 3) La definición del Imperio otomano desde perspectivas poscoloniales, multipolares y globalizadas.
- 4) El surgimiento de los nacionalismos, especialmente los no musulmanes.

---

<sup>1</sup> Sobre la situación de los estudios otomanistas dentro de la historiografía española, MARTYKÁNOVÁ, Darina, «Las transformaciones del Imperio Otomano en el largo siglo XIX: algunos debates historiográficos», *Ayer*, n.º 102 (2016), pp. 242-244.

<sup>2</sup> Sobre los grandes debates internacionales relativos al Imperio otomano, véase *ibidem*, pp. 245-256.

- 5) Los efectos del capitalismo y de la explotación semicolonial que las potencias industrializadas hicieron del Imperio otomano.

Más allá de la historiografía internacional, cabe destacar que, dado el propio devenir político de Turquía, la historiografía propiamente turca no ha sido plenamente objetiva respecto a su pasado hasta hace relativamente poco tiempo. La revolución de «Atatürk» significó una ruptura historiográfica respecto al régimen anterior. El pasado otomano fue despreciado por los propios turcos, así como por la historiografía de los países que habían sido dominados por ellos, generando un discurso histórico sesgado. Esta situación se mantuvo hasta que surgió una bibliografía de rigor en los años 70, con autores como Robert Mantran o Halil İnalcık. Sin embargo, este tipo de estudios serán rechazados inicialmente en los Balcanes y mirados con indiferencia desde Turquía. La razón de todo ello es el mantenimiento de una imagen estereotipada y negativa del pasado otomano. La concepción que existe del Imperio otomano desde la revolución kemalista (aunque ya desde el siglo XIX y los Jóvenes Turcos) es la de un régimen monárquico burocrático impuesto sobre el pueblo turco. El Imperio políticamente era otomano, religiosamente musulmán (algo que también generó rechazos durante los primeros años de la República) y étnicamente turco. La cuestión de la organización política otomana sigue siendo uno de los debates más polémicos. Además, la falta de estudios por parte de locales mantiene un desconocimiento bastante profundo sobre este ente histórico<sup>3</sup>.

Por otra parte, aunque la historiografía nacionalista de los países balcánicos acaba prácticamente en 1945, el discurso nacional frente a los otomanos quedará sustituido por un discurso histórico marxista que prolongará la visión sesgada sobre el Imperio otomano, al poner el foco en la aplicación de sus estructuras económicas y en el pacto entre la nueva élite turca y la vieja aristocracia cristiana<sup>4</sup>.

A pesar de ello, en los últimos años, los estudios rigurosos sobre el Imperio otomano han tenido un mayor florecimiento en Turquía y las naciones que formaron parte del Imperio, así como en el exterior, permitiendo el desarrollo de nuevos campos de estudio como la turcología o el otomanismo.

---

<sup>3</sup> Sobre la historiografía turca del Imperio otomano, véase BUNES IBARRA, Miguel Ángel de y BEYTAS, Halil, «El Imperio otomano y la República de Turquía; dos historias para una nación», *Debate y perspectivas: cuadernos de historia y ciencias sociales*, n.º2 (2002), pp. 173-174 y 180-181.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 186-187.

## METODOLOGÍA

En esencia, en este trabajo pretendo analizar la historia del Imperio otomano no desde una perspectiva meramente factual, sino tomando un enfoque de historia global, de intercomunicaciones, relaciones e influencias culturales y de desarticulación de viejos conceptos y tesis orientalistas decimonónicas que siguen pululando en la conciencia histórica popular. La metodología desarrollada a tal efecto ha consistido en el estudio de obras dedicadas al análisis de cuestiones más teóricas como la religiosidad, la mundialización moderna, la multiculturalidad o el orientalismo, junto a otras de historia más tradicional y factual del Imperio otomano, analizadas a partir de las teorizaciones y conclusiones obtenidas del primer grupo de estudios.

En este sentido, este trabajo cuenta con varias referencias sólidas y esenciales para su sostenimiento. Junto a grandes clásicos de los estudios poscoloniales que no podían faltar como Edward Said, recurro a otros autores más recientes y que resultan fundamentales para comprender las nuevas perspectivas historiográficas globales, como Serge Gruzinski, verdadera inspiración teórica de este trabajo, así como a otra gran personalidad de la historia global como es Immanuel Wallerstein y su sistema-mundo. Es preciso destacar la obra de Francisco Javier Ramón Solans, que, a pesar de centrarse en el estudio de las religiones en la Edad Contemporánea, presenta al lector importantes teorizaciones y cuestionamientos de nociones de la religiosidad muy extendidas en la concepción occidental del mundo, como son los paradigmas de modernización y secularización. Por otra parte, dentro de las obras que hacen historia más genérica, cabe destacar el estudio realizado por Francisco Veiga sobre historia del Imperio otomano y la Turquía moderna. Veiga es un contemporaneísta que se ha dedicado mucho a la historia de los Balcanes y de la Europa del Este, lo que explica su omnipresencia en la última parte de este estudio. Otras obras referenciales en este sentido son las clásicas de historia del islam de Claude Cahen y Gustave von Grunbaum. Finalmente, cabe destacar la influencia del marxista británico Perry Anderson y su clásico *El Estado absolutista*, obra clave por sus interpretaciones socioeconómicas de la Edad Moderna.

# 1

## ORIENTE, CONSTRUCTO ANTITÉTICO DE OCCIDENTE

Los grandes constructos culturales que rigen nuestra concepción del mundo han sido forjados a lo largo de la historia de la humanidad, surgiendo no solo en el seno de comunidades próximas geográfica y culturalmente, sino también a una mayor escala, abarcando la idiosincrasia de grandes conjuntos de población, siendo así capaces de condicionar comportamientos y mentalidades durante generaciones. En este sentido, la división del mundo en «civilizaciones» diferenciadas constituye uno de los constructos culturales más importantes de la historia, pues permite a grandes conjuntos de población identificarse con su propia consideración cultural y contraponerse al resto. El gran paradigma de estas construcciones culturales antitéticas, por su importancia en la cultura, las mentalidades y el propio desarrollo histórico, es el binomio Occidente-Oriente.

Por una parte, la distinción entre estos dos ámbitos, *a priori*, resulta sencilla tanto geográfica (Europa-Asia) como religiosa (cristianismo-islam) e incluso históricamente. Sin embargo, la profundización analítica en las realidades de ambos espacios desmiente buena parte del constructo cultural que suponen. De hecho, gran parte de las imágenes y conceptos asociados a uno u otro ámbito han sido fruto de una construcción prejuiciosa basada en una supuesta contraposición intrínseca en su ser, que ha dado lugar a una división dicotómica del mundo. Es conocida la tesis del palestino Edward Said al respecto. Relacionando el afán de conocimiento de los occidentales sobre Oriente (esto es, un dominio intelectual) con las aspiraciones de subyugación del mismo (un dominio real), Said acuña el término «orientalismo». Esta instrumentalización del saber ha significado que buena parte de la producción académica europea sobre Oriente se realizara desde la prepotencia y el supremacismo, condicionando de esta manera no solo el conocimiento objetivo sobre Oriente, sino que sus preceptos (que van desde «inofensivas» imágenes románticas hasta consideraciones racistas avaladas por la intelectualidad) han logrado un mayor calado sobre el conjunto de la población, impidiendo una comprensión holística del mundo y de su realidad.

El constructo «Oriente» desarrollado desde Occidente no se acotó a un espacio geográfico determinado (pues de esa manera incluiría también al Lejano Oriente), sino a un ámbito cultural y religioso más «concreto», al mundo islámico. Si bien la consideración de la religión islámica como antítesis de la Europa cristiana nació en la Edad Media, buena parte de los convencionalismos occidentales sobre esta religión que han trascendido hasta nuestros días se forjarán a lo largo de los siglos XIX y XX, periodo que Said considera el epicentro del orientalismo. Ha sido y es muy común considerar a la religión islámica estática y monolítica, alejada de toda posibilidad de modernización o del desarrollo de una científicidad y una racionalidad<sup>5</sup>. La percepción europea-occidental del islam como cultura irracional y anticientífica no es cierta, ni tampoco lo es la idea de que el desarrollo intelectual occidental fue posible por el sustrato cristiano del que partió.

Si bien es cierto que el Corán suponía un punto de referencia no solo para la justicia, la política o el desarrollo de la vida cotidiana, sino también para la geometría, las matemáticas o la astronomía, ya en el islam medieval «había, y ésta es una idea que al cristianismo le costará trabajo redescubrir, la convicción de que en toda sabiduría existía siempre algo válido, aunque esa sabiduría fuese anterior a la plena Revelación, porque, recordémoslo, para un musulmán la fe por principio no está en oposición a la razón»<sup>6</sup>. De hecho, hay autores, como Charles Murray, que más que centrarse en la confesionalidad para relacionar religiosidad y progreso, han hecho hincapié en la necesidad de libertad de pensamiento y de religión como elementos favorables para el progreso científico<sup>7</sup>. También la idea del islam como religión monolítica y sin corrientes internas es fácilmente refutable en cuanto se tienen ligeras nociones de su religiosidad y complejidad. Autores como Bernard Lewis llegaron a señalar que la idea occidental de resistencia ante el mal gobierno era inexistente en el islam<sup>8</sup>, algo que contrasta con los derrocamientos de sultanes y visires otomanos por parte de jenízaros, ulemas y facciones palaciegas durante la decadencia del Imperio.

---

<sup>5</sup> SAID, Edward W., *Orientalismo*, Barcelona, Random House Mondadori, 2003, p. 346.

<sup>6</sup> CAHEN, Claude, *El Islam. I. Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio otomano*, Madrid, Siglo XXI, 1972, p. 117.

<sup>7</sup> BENÍTEZ DEL CASTILLO, Jacobo, «El rechinar de la Sublime Puerta: la decadencia del Imperio otomano», en *archivoshistoria.com*, 2018, en línea, <<https://archivoshistoria.com/la-decadencia-del-imperio-otomano/>> [última consulta: 29/03/2020].

<sup>8</sup> SAID, Edward W., *Orientalismo*, *op. cit.*, p. 414.



En la construcción occidental de Oriente, en seguida encontramos al Imperio otomano como un factor y condicionante de suma importancia. Por su posición geográfica y su importancia histórica (especialmente por la toma de Constantinopla y lo que supone simbólicamente este acontecimiento para la Europa cristiana), el Imperio otomano fue un ente político en el que se materializaron las tensiones de la dicotomía Occidente-Oriente, especialmente al presentarse durante la Edad Moderna como la gran amenaza de Europa y la personificación de los temores europeos ante Oriente y el islam, apareciendo muy pronto como paradigma opuesto al orden europeo.

La importancia del Imperio otomano en la construcción occidental de Oriente es resaltada por Perry Anderson<sup>9</sup>, quien dice que, en el siglo XVIII, la globalización del conocimiento y la Ilustración provocaron que las ideas preconcebidas sobre el Imperio otomano se extrapolaran al resto de Asia, bajo una generalización conceptual que ha pervivido hasta el siglo XX: el «despotismo oriental». Fue Montesquieu quien denominó al sistema otomano como «despotismo», atribuyéndole una serie de características que han perdurado en la conciencia europea, como la carencia de códigos legales, la omnipresencia de la religión o el inmovilismo, factores que explicaba, además, desde el determinismo geográfico y climático. Este tipo de planteamientos pronto pasaron a los análisis económicos, siendo aplicados al desarrollo capitalista e industrial, como harán figuras tan contrapuestas como Adam Smith o Karl Marx.

Para Marx los dos grandes hechos diferenciales históricos entre las sociedades occidentales y orientales eran el feudalismo europeo y la inexistencia de la concepción de propiedad de la tierra entre los asiáticos. Por todo ello y de acuerdo a la lógica del materialismo histórico, Marx consideraba las sociedades asiáticas «ahistóricas». Para tratar de explicar la incapacidad de las civilizaciones orientales de alcanzar el sistema capitalista como había ocurrido en Occidente, Marx acuñó el concepto «modo de producción asiático». Este concepto supuestamente englobaba a sociedades que se situaban en regiones geográfica y climáticamente adversas, lo que provocaba una necesidad de grandes obras hídricas gestionadas por estados imperiales burocratizados que, a la vez, convivían con un sistema de propiedad tribal-comunal. Además, como las sociedades asiáticas eran ahistóricas, el concepto de «modo de producción asiático» se

---

<sup>9</sup> La construcción occidental de la imagen de Oriente a través del «despotismo oriental» de la Ilustración y el «modo de producción asiático de Marx» es desarrollada por Perry Anderson en *El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI, 2016, en su capítulo anexo «B. El modo de producción asiático», pp. 476-568, especialmente entre las páginas 476-511.

aplicó sin distinciones cronológicas ni geográficas, empleándose tanto para los grandes imperios del Próximo Oriente antiguo como para los otomanos y en un espacio geográfico que abarcaba desde el Mediterráneo hasta la Polinesia. Ante todas estas condiciones, la posibilidad de una teorización completa de lo que suponía el «modo de producción asiático» fue prácticamente imposible en vida de Marx. Sin embargo, este concepto fue empleado durante años en la historiografía.

A pesar de que puede parecer que la concepción decimonónica de Occidente y Oriente como entes contrapuestos se encuentra desechada por la intelectualidad académica desde hace años, aún a finales del siglo XX Samuel Huntington planteó la extendida tesis de que la bipolaridad de la Guerra Fría fue reemplazada por lo que denominó el «choque de civilizaciones», idea que partía de que las «civilizaciones» humanas (cristiana occidental, cristiana oriental, subsahariana, islámica, hindú, etc.) eran compartimentos impermeables cuya aspiración era sobreponerse a las demás. Frente a este planteamiento, Edward Said esgrimió las nuevas consideraciones de la teoría cultural, según las cuales las culturas mundiales son híbridas, heterogéneas, interdependientes entre sí e inevitablemente interconectadas, por lo que «es difícil realizar una descripción unitaria o simplemente perfilada de su individualidad.»<sup>10</sup>

## **LOS MONOPOLIOS DE OCCIDENTE**

Desde las teorizaciones decimonónicas y la consolidación de la fe en el progreso, dos grandes conceptos se han configurado como imprescindibles vías para alcanzar ese idílico futuro al que aspiraban todos los pueblos: la modernización y la secularización. Tal consideración suponía, indiscutiblemente, que el único modelo factible de desarrollo, de «avanzar», era el europeo-occidental.

«Modernidad» es un concepto complejo y esquivo, marcado por una visión occidental teleológica y determinista de la historia y que muy pronto quedó vinculado con cuestiones como el liberalismo económico, el parlamentarismo o la secularización. Desde la sociología se empezó a considerar que solo una religión había logrado ser

---

<sup>10</sup> SAID, Edward W., *Orientalismo*, *op. cit.*, p. 455.

«compatible» y «favorable» a la modernización: el protestantismo<sup>11</sup>, algo que en cierta manera complementaba la teoría weberiana del surgimiento del capitalismo. Por ende, el resto de las religiones empezaron a interpretarse como obstáculos para la modernización. Muy pronto, el islam fue considerado paradigma y evidencia de estas teorizaciones. Ya en 1883, Ernest Renan argumentaba en la Sorbona que esta religión impedía la modernización del Próximo Oriente y que era incapaz de asumir nuevas ideas<sup>12</sup>.

La teleología de la modernización y la consideración de Occidente como único modelo a seguir, junto a las consideraciones orientalistas de superioridad intelectual y cultural, llevaron muy pronto al surgimiento de una especie de paternalismo occidental sobre Oriente, al que debía guiar en su modernización, puesto que era imposible que las sociedades no europeas progresaran por sus propios medios<sup>13</sup>. Esto tuvo como consecuencia que el concepto de modernización estuviera ligado a la idea de occidentalización. De forma muy temprana, este paternalismo occidental supuso que en muchas sociedades no europeas se diera una división entre «indigenistas» y «occidentalizadores». «Los primeros sueñan con un regreso a la pureza de un pasado imaginario [...]. Los segundos son iconoclastas que ven en la tradición local un impedimento para la modernización radical»<sup>14</sup>. Maalouf señala que la asimilación entre modernización y occidentalización lleva, inexorablemente, a la concepción de que para que una sociedad se transforme, «avance», debe privarse de una parte de sí misma, convirtiendo la modernización en una especie de «caballo de Troya» para la introducción de nuevas pautas culturales y para una progresiva dominación extranjera<sup>15</sup>. Ante esto, la tesis de los occidentalizadores defiende que se debe «imitar» a Occidente para protegerse precisamente del dominio occidental. Sin embargo, los insuficientes conocimientos que se podían tener aun entre los sectores cultos de las sociedades orientales sobre la realidad occidental llevaron muchas veces a una concepción de la

---

<sup>11</sup> RAMÓN SOLANS, Francisco Javier, *Historia Global de las Religiones en el Mundo Contemporáneo*, Madrid, Alianza Editorial, 2019, p. 67.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 69.

<sup>13</sup> SAID, Edward W., *Orientalismo*, *op. cit.*, p. 395.

<sup>14</sup> BURUMA, Ian y MARGALIT, Avishai, *Occidentalismo. Breve historia del sentimiento antioccidental*, Barcelona, Península, 2005, p. 49

<sup>15</sup> MAALOUF, Amin, *Identidades asesinas*, Madrid, Alianza Editorial, 2017, p. 85 y pp. 130-131.

modernidad irreal o distorsionada<sup>16</sup> y, por tanto, a un reformismo imperfecto o incluso contraproducente.

El paradigma de la modernización empezó a ser desarticulado a través de los estudios poscoloniales y posmodernos, cuestionándose su imagen positivista, teleológica y occidental. En esta línea, Shmuel Eisenstadt acuñó el concepto de «modernidades múltiples», interpretando la historia como un continuo de constituciones y reconstituciones de programas culturales, surgiendo modernidades alternativas en diversas partes del mundo<sup>17</sup>. Aun así, Eisenstadt asume que el modelo de modernidad surge en Occidente. Esto se debe a que, a lo largo de la historia, se produjo una divergencia entre el mundo occidental y el oriental. Autores como Gruzinski, Anderson o Maalouf establecen que el despegue del desarrollo cultural y tecnológico europeo frente a otros ámbitos como el mundo islámico o el Lejano Oriente se produjo en la Era de los Descubrimientos, esto es, desde el siglo xv<sup>18</sup>. Gustave E. von Grunebaum expresa muy bien estos planteamientos: «la esfera de lo posible fue la misma en ambas unidades culturales, al menos hasta la irrupción de las ciencias naturales y de la teoría del conocimiento en Occidente. [...] la cristiandad y el islam vivieron en el siglo xv (y el xvi) por última vez en un universo acotado por líneas de fronteras esencialmente idénticas –tanto en sentido físico como en sentido intelectual y psicológico–»<sup>19</sup>. Sin embargo, en mi opinión, la consolidación definitiva de esta diversificación intelectual se dio a partir de la Revolución científica y la veda que abrió la filosofía cartesiana, afianzándose con la filosofía de la Ilustración; un proceso intelectual que, además, fue de la mano del desarrollo del capitalismo liberal e industrial y de los estados modernos, que, sumándose a la divergencia intelectual, generaron una divergencia económica que permitió a Occidente desplegar su hegemonía sobre Oriente.

Inherente a esa conceptualización de la modernización se encontraba, entre muchos elementos, la secularización. Hoy en día, la concepción histórica de la religiosidad no es la de un agente rígido y anquilosado, sino que prima la idea de religiosidad como un elemento dinámico y en continua transformación, cuyo desarrollo

---

<sup>16</sup> BURUMA, Ian y MARGALIT, Avishai, *Occidentalismo...*, op. cit., p. 67.

<sup>17</sup> RAMÓN SOLANS, Francisco Javier, *Historia Global de las Religiones...*, op. cit., pp. 65-66.

<sup>18</sup> GRUZINSKI, Serge, *¿Qué hora es allá? América y el islam en los albores de la modernidad*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2015. ANDERSON, Perry, *El Estado absolutista*, op. cit., p. 387. MAALOUF, Amín, *Identidades asesinas*, op. cit., p. 81.

<sup>19</sup> GRUNEBAUM, Gustave E. von, *El Islam II. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días*, Madrid, Siglo XXI, 1981, p. 5.

depende, en gran medida, del devenir de las sociedades que profesan las diferentes confesiones. La relación entre secularización y modernización, lo que se conoce como el paradigma de la secularización, también ha sido una doctrina extendidísima en la concepción occidental del mundo. Fue con el desarrollo de la sociología del siglo XIX y principios del XX (con Comte, Durkheim, Weber) cuando se configuró una visión teleológica de la historia que llevaría inevitablemente a la secularización de las sociedades, vinculada, además, a otros fenómenos como la racionalización, la pluralización, etc. Este paradigma era incuestionable en las ciencias sociales hasta los años 60. A partir de entonces, asuntos como la Revolución iraní, la importancia del catolicismo en el fin del comunismo en países como Polonia o la emergencia del fundamentalismo protestante en Estados Unidos provocaron una revisión en torno a estas conceptualizaciones, librándolas de presupuestos ahistóricos y teleológicos, y partiendo de la base de su posible reversibilidad<sup>20</sup>.

La concepción de la religiosidad como elemento dinámico y el cuestionamiento del paradigma de la secularización nos llevan a repensar la concepción occidental sobre la religión islámica. Dentro del islam también surgieron diferentes corrientes internas en función del devenir histórico de las sociedades y estados que profesaban su fe. En este sentido, la reacción de los sectores conservadores musulmanes del Imperio otomano cuando se den los primeros pasos hacia la reforma del sistema supondrá la adaptación de la religiosidad a su discurso y, por tanto, su instrumentalización. También esto se ve muy fácilmente en el surgimiento del wahabismo en la Arabia del siglo XVIII, pues responde ya no solo al creciente triunfo de los partidarios del reformismo entre la clase política del Imperio (abogando por un contraproyecto basado en un islam purificado y exento de influencias extranjeras) sino también a las tensiones descentralizadoras y la búsqueda de poder por parte de la aristocracia local (principalmente la casa de Saúd) frente a Estambul. Otro ejemplo, en un sentido radicalmente opuesto, es el surgimiento de ideas parlamentaristas en el Imperio otomano. Desde finales del siglo XIX, los Jóvenes Turcos esgrimirán, en defensa del parlamentarismo y de un gobierno consultivo y representativo, la aleya 159 de la sura tercera del Corán, en la que Alá recomienda a Mahoma consultar las decisiones con sus discípulos<sup>21</sup>.

---

<sup>20</sup> Sobre el nacimiento y la crisis del paradigma de la secularización, véase RAMÓN SOLANS, Francisco Javier, *Historia Global de las Religiones...*, op. cit., pp. 41-44 y 47-51.

<sup>21</sup> VEIGA, Francisco, *El turco. Diez siglos a las puertas de Europa*, Barcelona, Random House Mondadori, 2007, p 374.

El desarrollo historiográfico es indisociable de su contemporaneidad. Por ello, a la imagen de las sociedades musulmanas como despóticas y fanáticas que existe en Europa desde el siglo XVIII, se suma el auge actual del fundamentalismo islámico, circunstancia que para Charles Kurzman ha supuesto que, a la hora de abordar el desarrollo político de los países musulmanes, se haya tendido demasiado al estudio de los fundamentalismos y muy poco a las corrientes reformistas y liberales<sup>22</sup>. Yahya Sadowski argumenta que muchos análisis parten implícita o explícitamente de la supuesta existencia de un déficit democrático inherente a las sociedades musulmanas, para luego buscar explicaciones históricas que avalen sus planteamientos<sup>23</sup>. En este sentido, cabe señalar que no fue hasta el siglo XX cuando surgieron corrientes del islam que concibieron su religión como un sistema holístico, que debía abarcar todos los aspectos de la vida social (incluida, evidentemente, la política), una concepción del islam que nace con teólogos como Sayyid Qutb y organizaciones como los Hermanos Musulmanes. Esta forma de religiosidad islámica ha continuado en determinados movimientos hasta hoy y ha condicionado la imagen que se tiene en Occidente del mundo musulmán, de su religiosidad y de su desarrollo histórico.

## **LAS PERSPECTIVAS GLOBALES**

Frente a las concepciones que dividen la realidad humana en sectores socioculturales uniformes y antitéticos, muchos historiadores actuales han puesto énfasis en una historia globalizada, mundial e intercultural.

Una perspectiva global «clásica» es el conocido sistema-mundo de Wallerstein. Como buen autor marxista, Wallerstein parte de preceptos economicistas para explicar el nacimiento del capitalismo global, lo que él llama la «economía-mundo», y cómo interaccionan los diferentes estados en esta. Para ello toma el modelo centro-periferia, según el cual «algunos países eran económicamente más poderosos que otros (los de centro) y por ende podían negociar en términos que favorecían el desvío de la plusvalía de los países débiles (la periferia) al centro»<sup>24</sup>. Entre esas dos áreas se produce una división del trabajo, de la producción, que permite un flujo de capital (esa «plusvalía»

---

<sup>22</sup> RAMÓN SOLANS, Francisco Javier, *Historia Global de las Religiones...*, *op. cit.*, pp. 126-127.

<sup>23</sup> MARTYKÁNOVÁ, Darina, «Las transformaciones...», *op. cit.*, p. 247.

<sup>24</sup> WALLERSTEIN, Immanuel, *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, México, Siglo XXI, 2006, p. 26.

que ganan los estados centrales). Entre ambos espacios existen estados que presentan economías de ambos mundos, los semiperiféricos, que luchan tanto por pasar al centro como por no caer en la periferia (siendo por ello más proteccionistas). Según este autor, el sistema-mundo capitalista nació en el siglo XVI, circunscribiéndose en ese momento a partes de Europa y América (donde fue necesariamente acompañado del desarrollo de estados y administraciones fuertes), pero expandiéndose luego por el resto del globo en busca de mercados y mano de obra barata<sup>25</sup>. Además, los estados integrados en él desarrollaron patrones culturales comunes, la «geocultura»<sup>26</sup>, dando lugar a una homogeneización. De esta manera, «el mundo paneuropeo, dominador económico político del sistema-mundo se definía a sí mismo como el corazón, la culminación de un proceso civilizatorio que podía rastrearse a las presuntas raíces europeas en la antigüedad»<sup>27</sup>. Wallerstein explica los conceptos eurocéntricos de «occidentalización» y «modernización» por la expansión de los procesos de la economía-mundo capitalista, legitimados por el triunfo del universalismo (ideología fundamental de esta expansión), logrando extender las actividades de la burguesía a otros estados y capas sociales y potenciar así su integración en los sistemas de producción de la economía-mundo<sup>28</sup>. También el moderno sistema-mundo dio lugar a un conjunto de interacciones entre los estados, tanto los del centro buscando dominar a los de la periferia como entre los propios estados centrales por alcanzar la hegemonía (aunque todos tienen el objetivo de mantener el sistema-mundo)<sup>29</sup>. Según Wallerstein, en este esquema el Imperio otomano no formaba parte del sistema-mundo capitalista a principios de la Edad Moderna<sup>30</sup>, ya que constituía su propia economía-mundo, por lo que su producción local retuvo el mercado de masas y parte del mercado de calidad sin entrar en competencia con los productos occidentales<sup>31</sup>.

Uno de los autores más destacados de la historia global actual es el francés Serge Gruzinski, quien defiende la comprensión de la humanidad en su totalidad como un «actor unificado»<sup>32</sup>. Este tipo de enfoques responden a nuevos planteamientos intelectuales derivados de la configuración del actual mundo globalizado, trasladando

---

<sup>25</sup> WALLERSTEIN, Immanuel, *El capitalismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 2014, p. 33.

<sup>26</sup> WALLERSTEIN, Immanuel, *Análisis de sistemas-mundo...*, *op. cit.*, p. 40.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 93.

<sup>28</sup> WALLERSTEIN, Immanuel, *El capitalismo histórico*, *op. cit.*, p. 66-68.

<sup>29</sup> WALLERSTEIN, Immanuel, *Análisis de sistemas-mundo...*, *op. cit.*, p. 81-83.

<sup>30</sup> WALLERSTEIN, Immanuel, *El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 2005, p. 33.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 452-453.

<sup>32</sup> GRUZINSKI, Serge, *¿Para qué sirve la historia?*, Madrid, Alianza Editorial, 2018, p. 91.

sus inquietudes al análisis histórico, investigándose sobre los orígenes de la globalización y sobre cómo se han configurado las sociedades y las relaciones interculturales desde una perspectiva global, en la que diferentes personajes, culturas y estados tienen contactos y comunicaciones que los influyen y condicionan.

Gruzinski define el término «globalización» como un «bloqueo uniforme» que condiciona sobre todo «las herramientas intelectuales, los códigos de comunicación y los medios de expresión»<sup>33</sup>, mientras que «mundialización» es un concepto más relacionado con el alcance comunicativo de la humanidad, un proceso de vinculación a escala planetaria. Según su lógica, el proceso de mundialización lleva, por mecánicas propias, a la globalización. Por otra parte, por «occidentalización» entiende los efectos de la proyección de Europa en otros ámbitos. Dentro de la mundialización, este autor defiende que los procesos de proyección cultural, que tradicionalmente han ido de Occidente hacia el resto del mundo, tienen una contrapartida, una desviación en el propio Occidente, una especie de reflejo de esa proyección, siendo, por tanto, un proceso de influencia cultural no tan unidireccional como tradicionalmente se ha considerado. Por su parte, los mecanismos de la globalización son mucho más rígidos, se despliegan incluso sin que el individuo sea consciente de ello y sin poder de actuación real contra sus lógicas. Esta nueva teorización de la globalización y la mundialización lleva al historiador a tomar en consideración elementos previamente ignorados y poner en valor a agentes que con anterioridad se habían considerado ajenos o incluso víctimas de la globalización.

Arnold J. Toynbee estableció una división del proceso de intercomunicación humana global en tres grandes periodos. En el primer periodo, la prehistoria, las comunicaciones eran lentas y el conocimiento avanzaba aún más despacio, por lo que los avances en las diferentes sociedades eran más o menos paralelos, siendo un mundo de sociedades humanas con un grado de evolución similar. El segundo estadio fue lo que conocemos como periodo histórico propiamente dicho. Los conocimientos se desarrollan mucho más rápido que su capacidad de difusión, generándose diferencias cada vez mayores entre los grupos humanos. Finalmente, el tercer periodo corresponde con un momento en que la difusión del conocimiento aumenta exponencialmente, superando la velocidad del propio desarrollo del conocimiento y generando una

---

<sup>33</sup> Tanto esta cita como la teorización sobre los conceptos de «globalización», «mundialización» y «occidentalización» expuestos en este párrafo proceden de *ibidem* pp. 204-205.



homogenización entre grupos humanos<sup>34</sup>. Este esquema, aunque simple, resulta útil para la exposición, a grandes rasgos, del devenir de los contactos interculturales a lo largo de la historia de la humanidad. De todo ello concluimos con rapidez que el periodo histórico en el que se da el paso del segundo estadio al tercero es la Edad Moderna y que, aunque este proceso estuvo capitaneado por Europa, en él participaron otros espacios socioculturales del globo (sin necesariamente ser únicamente víctimas del mismo).

Es en este momento cuando cabe preguntarse cómo afectaron la mundialización, la globalización, el orientalismo y el occidentalismo a un Imperio que comenzó la Edad Moderna como una temible potencia amenazante para la Europa cristiana, pero que a mediados del siglo XIX era satirizado por el zar Nicolás I como «el Hombre Enfermo».

---

<sup>34</sup> MAALOUF Amín, *Identidades asesinas*, op. cit., p. 106.

## 2

### **EL MUNDO OTOMANO**

A pesar de la caracterización del Imperio otomano como un ente aislado respecto a Europa, ajeno a sus dinámicas políticas y diplomáticas, así como a la cultura occidental en general, su análisis desde una perspectiva global nos permite tomar en consideración su importancia como parte y agente activo de la globalización y la mundialización. Además, el estudio de la realidad interna del Imperio otomano muestra en seguida su heterogeneidad, su diversidad cultural, lingüística y confesional, cuyo análisis resulta fundamental para romper la tradicional visión monolítica de las realidades orientales e islámicas y otorga al Imperio otomano una gran complejidad.

La ocupación por parte de un poder islámico de territorios que hasta entonces se habían mantenido bajo poder cristiano y, a la vez, el control sobre otros territorios tradicionalmente dominados por estados musulmanes como Siria, Palestina, Mesopotamia o Egipto, es precisamente lo que le otorga al Imperio otomano un carácter particular en su evolución histórica y en su relación con el resto del mundo.

### **EL IMPERIO OTOMANO Y LA MUNDIALIZACIÓN MODERNA**

Las relaciones del Imperio otomano con el resto del mundo y las influencias que ejerció y a las que se vio sometido estuvieron condicionadas desde muy pronto por el hecho de presentarse como un ente «oriental» («extraño») que controlaba una parte importante de Europa. De hecho, es la extensión geográfica de los otomanos por territorios europeos y la fagocitación del Imperio bizantino (con todo lo que ello supone desde el punto de vista cultural) lo que nos lleva en seguida a ponderar la yuxtaposición cultural cristiano-islámica dentro del Imperio. En este sentido, se distinguen dos grandes bloques de interpretaciones históricas: por un lado las que consideran que desde Constantinopla los otomanos explotaron la cultura y la filosofía de árabes, persas, bizantinos y cristianos, así como el legado de la Antigüedad (tanto por la relevancia histórico-cultural de la ciudad como por su situación geográfica favorable a esos

intercambios), como defiende, por ejemplo, Gruzinski<sup>35</sup>; y por otro, las que consideran que la condición de «europeo» del Imperio otomano se reduce a cuestiones de conquista y extensión territorial, como defiende Gregorio Colás Latorre, para quien «su universo mental, su forma de entender y ejercer el poder, su religión y su cultura nada tienen que ver con el cristianismo ni con la herencia grecorromana»<sup>36</sup>.

Si bien es cierto que el modelo político, social o económico del Imperio otomano difería notablemente de lo que podemos considerar un modelo prototípico de la Europa occidental, entre las clases altas otomanas se tiene constancia de una especie de «vocación occidental», según la cual la intercomunicación cultural entre el Imperio y Europa fue más importante de lo que podemos considerar en un primer momento. De esta manera, está muy bien documentado que la gran aspiración política y legitimadora del sultán Mehmet II era convertirse en un nuevo César, aspiración que supuestamente alcanzó con la toma de Constantinopla (la Segunda Roma) en 1453, asumiendo a partir de entonces el título de *Kayser-i Rûm*. En esta línea, Colin Imber señala que, en su supuesto papel de nuevo César, Mehmet II promocionó a miembros de la aristocracia bizantina en la ocupación de cargos destacados de la administración (eso sí, una vez convertidos al islam y tras adoptar nombres turcos)<sup>37</sup>, lo que le servía al sultán no solo para garantizarse la lealtad de las clases altas al otro lado del Bósforo, sino también para contrarrestar los poderes de la vieja aristocracia turca<sup>38</sup>. Por ejemplo, el gobernador de Rumelia, Has Murad Bajá, o el visir Mesih Bajá descendían de la familia de los Paleólogos, la dinastía imperial bizantina. Además, Mehmet II, siguiendo esa búsqueda de legitimación como César, fue el fundador del sistema de *millets*, que suponía la división administrativa y judicial de la sociedad otomana según confesionalidades religiosas, otorgándoles cierta autonomía y permitiendo su encaje en un aparato estatal en el que la religión musulmana se encontraba institucionalizada.

Jerry Brottons piensa que Mehmet II tenía una clara voluntad de formar parte de la cultura del Renacimiento, algo que argumenta a través de su protagonismo en el arte italiano y de su labor como mecenas, una condición que Francisco Veiga considera fruto de la vocación occidentalista del sultán<sup>39</sup>. Cuestiones como que este sultán fuera

---

<sup>35</sup> GRUZINSKI, Serge, *¿Qué hora es allá?...*, op. cit., pp. 55-56.

<sup>36</sup> COLÁS LATORRE, Gregorio, «Pluralidad de formas políticas en Europa», en FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna Universal*, Barcelona, Ariel, 2017, p. 173.

<sup>37</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, op. cit., p. 159.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 160.

<sup>39</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, op. cit., p. 161.

retratado por pintores italianos como Gentile Bellini, que Lorenzo de Médicis encargara en 1478 una medalla con su efigie del sultán, que a finales del siglo XV este tipo de medallas se extendieran por Italia y el Mediterráneo oriental o el hecho de que Mehmet II contratara a varios humanistas italianos para conocer las obras de Laercio, Tito Livio o Heródoto, nos hablan de que, desde muy temprano, los intercambios culturales y el desarrollo de las comunicaciones entre Europa occidental y el Imperio otomano fueron bastante destacados y se vieron influidos entre sí. Para Brottons estos intercambios culturales y la presencia de artistas y arquitectos italianos tanto en Roma como en Constantinopla o Moscú, nos hablan de que la diferenciación entre Oriente y Occidente en el siglo XV no era tan acusada como la que surgió en los siglos XVIII y XIX<sup>40</sup>.

Uno de los grandes elementos de intercomunicación del Imperio con el resto del mundo fue, como para el resto de sociedades de la historia, el comercio. Frente a la idea de que la expansión de los otomanos supuso el cierre total del comercio entre Oriente Próximo y Europa, se tiene constancia del mantenimiento de estos contactos comerciales, especialmente con Francia y las ciudades italianas. Esto se ve claramente en como las demandas comerciales europeas condicionaron la agricultura y la producción otomanas a lo largo de su historia. De esta manera, en el siglo XVII proliferó el cultivo de tabaco tras su introducción por los ingleses y, desde el siglo XVIII, con los primeros pasos de la Revolución industrial en Europa, el cultivo de algodón empezó a ganar importancia, especialmente en Egipto.

Tradicionalmente se ha considerado que fueron las invasiones otomanas las que provocaron la pérdida de la importancia comercial del Mediterráneo oriental. Sin embargo, desde hace un tiempo se han puesto sobre la mesa nuevas consideraciones que señalan otros factores. Por una parte, nunca hubo una hegemonía naval-comercial otomana en el Mediterráneo (ni siquiera con el plus que supuso la piratería berberisca, muy pronto subordinada a los intereses de Estambul). De hecho, el Imperio otomano no llegó a desarrollar una auténtica flota mercantil hasta el siglo XVIII<sup>41</sup>. El único periodo que podemos considerar de cierto dominio otomano sobre el Mediterráneo se redujo al lapso de poco más de treinta años que separa las batallas de La Prevesa (1538) y Lepanto (1571). Sin embargo, este periodo tampoco fue de un dominio turco incontestable y, por ejemplo, Braudel señalaba el fracaso otomano en el sitio de Malta

---

<sup>40</sup> Las tesis de Jerry Brottons y los ejemplos de las interacciones artísticas entre Italia y el Imperio otomano están obtenidos de *ibidem*, pp. 161-163.

<sup>41</sup> ANDERSON, Perry, *El Estado absolutista*, op. cit., p. 533.

(1565) como «la prueba de fuerza» que marcaba el fin de la presión turca sobre el Mediterráneo occidental<sup>42</sup>. Por otra parte, la degradación comercial y económica del Levante y de Egipto había sido muy notable bajo el régimen de los mamelucos. De hecho, fueron los otomanos los que lucharon por mantener abiertas las rutas comerciales de la región tras la conquista de Egipto en 1517. Según Wallerstein, la reestructuración del comercio y el declive del Mediterráneo se debieron a la no entrada del Levante en la economía-mundo europea. Finalmente, la impronta comercial del Mediterráneo fue rematada por cuestiones ajenas a los otomanos, fundamentalmente por la apertura de rutas alternativas a las Indias orientales por parte de los europeos<sup>43</sup>.

En 1497, los portugueses doblaron el cabo de Buena Esperanza y pronto establecieron una ruta hasta las Indias que recorría perimetralmente el continente africano. Esto suponía una amenaza considerable para el comercio otomano en el Índico. La respuesta más inmediata a esta presencia europea fue el envío, en 1509, de una considerable flota a la plaza portuguesa de Diu, en Gujarat, aunque fue derrotada. Pero también el Imperio trató de incrementar su influencia sobre el océano Índico desplegando sus redes diplomáticas sobre las Indias orientales.

En este contexto de competencia comercial, tomó relevancia un elemento empleado por la Sublime Puerta<sup>44</sup> para afianzar su dominio sobre el sur de Asia: la sumisión de todos los musulmanes, de toda la *umma*, al califa. La figura del califa había estado ligada al sultán otomano desde la conquista de Egipto, cuando Selim I persuadió al último sultán mameluco para que le entregara formalmente el califato. Además, tras esta victoria y sin necesidad de una campaña militar sobre Arabia, el jerife de La Meca había jurado lealtad al sultán otomano, legitimándolo en su nueva consideración universalista. Desde esta posición, los sultanes otomanos muy pronto hicieron valer su papel y lograron la sumisión de varios estados musulmanes. Por ejemplo, la superioridad del sultán otomano como califa era reconocida por soberanos tan poderosos como los emperadores mogoles<sup>45</sup>. La capacidad del despliegue comunicativo que el Imperio otomano protagonizó en el océano Índico en esa primera mitad del siglo

---

<sup>42</sup> SALVADOR ESTEBAN, Emilia, «Las guerras en la Europa de Felipe II (1599-1598)», en FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna Universal...*, *op. cit.*, p. 225.

<sup>43</sup> GRUNEBaum, Gustave Edmund von, *El Islam II*, *op. cit.*, pp. 71-72.

<sup>44</sup> El término «Sublime Puerta» o «Puerta Elevada» es una sinécdoque que se emplea para hacer referencia al gobierno otomano, sobre todo para cuestiones diplomáticas y de política exterior. Este término hace alusión a la entrada principal del palacio imperial otomano, lugar donde tradicionalmente se anunciaban decisiones y se decretaban edictos.

<sup>45</sup> GRUZINSKI, Serge, *¿Qué hora es allá?...*, *op. cit.*, p. 19.

XVI fue tan importante que llegó hasta rincones tan recónditos del planeta como el sultanato de Aquem, en la isla de Sumatra, con quien el Imperio pactó en ese contexto de competencia comercial con Lisboa<sup>46</sup>.

Las relaciones internacionales forjadas con motivo de la competencia otomano-portuguesa en el Índico nos hablan de como la mundialización que iniciaron los europeos con la Era de los Descubrimientos no se circunscribió exclusivamente a América ni estuvo protagonizada solo por estados europeos, sino que el Imperio otomano supo muy pronto desarrollar redes de contactos y una notable influencia sobre buena parte de los estados musulmanes surasiáticos, apoyándose en la figura del sultán-califa.

Otro factor importante a la hora de analizar la intercomunicación existente entre el Imperio otomano y el resto de sociedades islámicas y asiáticas es el control que este ejerció sobre las ciudades sagradas del islam, muy especialmente su dominio sobre La Meca. Cinco veces al día, millones de personas de todo el planeta se orientaban física y espiritualmente hacia un vértice común cuyo gobernante afirmaba su total sumisión al sultán otomano. Esta configuración del Imperio otomano como referente espiritual para el conjunto del mundo islámico va de la mano del hecho de que el sultán, como califa, fuera el sucesor y delegado del Profeta y, por tanto, responsable de la dirección de la comunidad de creyentes y del mantenimiento de la religiosidad estipulada en el Corán. Además, el hecho de que el Imperio otomano controlara desde el siglo XVI la ciudad de La Meca implicaba también que dominara una de las mayores redes de intercambios a escala global del momento: las peregrinaciones musulmanas. La peregrinación a La Meca es uno de los cinco pilares del islam, es decir, uno de los preceptos fundamentales y, por tanto, obligatoria para todo buen musulmán al menos una vez en su vida. La capacidad «mundializadora» de un rito como este sería complicada de alcanzar para cualquier estado occidental del siglo XVI, puesto que aunaba a un conjunto de población que habitaba prácticamente toda la tierra firme existente en torno al trópico de Cáncer entre el océano Atlántico y el Pacífico.

Por supuesto, el dominio sobre La Meca no solo fue explotado por el Imperio en un sentido legitimador o de prestigio de cariz religioso, sino que también las peregrinaciones anuales eran un acontecimiento comercial de primer orden. Muy

---

<sup>46</sup> GRUZINSKI, Serge, *¿Qué hora es allá?... op. cit.*, p. 35.

pronto, la Sublime Puerta reguló las caravanas de peregrinos y aseguró su protección frente a posibles asaltantes con la designación de una escolta nombrada por el propio sultán. Los dos principales puntos de encuentro de los peregrinos antes de marchar sobre el Hiyaz eran las ciudades de Damasco (en la que se congregaban los peregrinos procedentes de Asia) y de El Cairo (que congregaba a los musulmanes procedentes del Magreb y del África subsahariana). Estos dos puntos de encuentro corresponden no por casualidad con dos de las plazas comerciales más notables del Imperio, que aprovecharon esta situación para aumentar su poder comercial. A pesar de estos notables beneficios, el Estado otomano también tuvo que emplear muchos recursos en el mantenimiento de las rutas de peregrinación, no solo costeando su protección y seguridad, sino también subsidiando a las autoridades mequías, aunque con esto el sultán también se garantizaba su fidelidad y su aparición ante el mundo islámico como gran líder espiritual<sup>47</sup>.

Tampoco los intereses del Imperio otomano se circunscribieron necesariamente al hemisferio oriental del globo terrestre. Por fantástico que parezca, se tiene constancia de la existencia de pretensiones entre los gobernantes otomanos para embarcarse en la conquista de América como estaban haciendo los europeos, algo que se justificaba en términos religiosos ante la desgracia de un continente que no iba a conocer la revelación de Alá y en el que se estaban extendiendo los infieles cristianos<sup>48</sup>. Sin embargo estas pretensiones fueron más ilusorias que reales y la resistencia marroquí a la dominación otomana acabó por impedir su acceso al Atlántico, frustrando definitivamente esta aspiración.

A pesar de que los otomanos abandonarían pronto su interés por América, el islam, en general, y los turcos, en particular, tuvieron una presencia subjetiva en este continente, inducida a través de los temores de los conquistadores. Esto responde al terror que había despertado en el conjunto de Europa occidental la amenaza que suponía el Gran Turco y su imparable expansión militar por los Balcanes y Centroeuropa, así como al terror de los europeos ante lo desconocido, al encontrarse en un continente totalmente ignoto, lo que estimuló su imaginación y dio lugar a una construcción mítica y fantástica del Nuevo Mundo, pero, a la vez, plasmando en él sus temores ya

---

<sup>47</sup> Sobre las peregrinaciones a La Meca en la Edad Moderna desde una perspectiva global y el papel del Imperio otomano en su regulación, mantenimiento y beneficio propio, véase WILLS, John E., *1688, una historia global*, Madrid, Taurus, 2002, pp. 356-357.

<sup>48</sup> GRUZINSKI, Serge, *¿Qué hora es allá?... op. cit.*, p. 67.

conocidos, temores entre los que se encontraban tanto el miedo a los otomanos como sus consideraciones e idea de la religión islámica<sup>49</sup>. Esto se reflejó, por ejemplo, en que los españoles denominaran a la primera gran población que encontraron en Yucatán «el Gran Cairo», o que Hernán Cortés en su segunda *Carta de relación* escribiera sobre Cholula, ciudad precolombina mexicana: «Yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas»<sup>50</sup>. Otro elemento que encontramos prontamente en la América colonial española es la generalización de las fiestas de moros y cristianos, presentes ya en España como conmemoración de la Reconquista. Este tipo de celebraciones se entiende que responde a ese gran miedo al expansionismo otomano y a una posible invasión turco-islámica de América, más teniendo en cuenta que se generalizaron durante los procesos de evangelización de la población nativa. Episodios más ilustrativos respecto a ese terror europeo a la maquinaria bélica de los turcos los encontramos también en el explorador Vázquez de Coronado, quien consideró que un pueblo indígena del norte de Nueva España era, directamente, turco, en un proceso mental de plena asimilación musulmán-nativo americano. En este sentido, expone Serge Gruzinski: «Muy pronto, las sociedades indígenas con las que se codeaban se convirtieron en espejos que les enviaban siniestros reflejos del islam. [...] Las mismas obsesiones y los mismos prejuicios explican que la silueta del musulmán se sobrepusiese, progresivamente, a la del indio de América.»<sup>51</sup>

Esta asimilación indio-musulmán y esta plasmación de los temores y prejuicios europeos es explicable en el caso de los españoles por la situación de rivalidad directa en la que se encontraban los Habsburgo con el Imperio otomano y su coetaneidad con la batalla de Mohács, la rebelión de las Alpujarras, Lepanto, etc. Pero esta asimilación se dio también entre otros europeos que no rivalizaron ni estuvieron en guerra con el Imperio otomano, como es el caso de la Inglaterra isabelina.

Para el mundo anglosajón, las sociedades indias reflejaban los aspectos más siniestros del islam y, en consecuencia, se elaboraron discursos providenciales. De hecho, «los indios se convirtieron en "moros" a los que se aplastó para ganar esta tierra

---

<sup>49</sup> Sobre este cruce de percepciones que aunaba por primera vez a los continentes americano, europeo y asiático versa la obra de Gruzinski referida en la anterior cita. Se trata de un libro muy influyente para la proyección de este trabajo y del que procede la mayoría de información y planteamientos sobre la plasmación de su imagen del mundo islámico que hicieron los europeos en su primer contacto con América.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 154.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 165.



prometida [...]. Los papeles parecían intercambiables: los indios eran moros y los moros eran indios»<sup>52</sup>. El hecho de que un reino tan remoto respecto al marco de actuación otomano como Inglaterra desarrollase tales imágenes nos habla de lo extendido que estaba por toda Europa el terror hacia el Gran Turco (a pesar de que en tiempos de Isabel I las conquistas otomanas se encontraban ya bastante estancadas). Gruzinski considera que, a partir de esta relación indio-musulmán y de su asimilación con la expansión por América, los ingleses desarrollaron un «discurso de colonizadores» que posteriormente, en los siglos XVIII y XIX, aplicaron directamente a las sociedades musulmanas<sup>53</sup>.

Lejos del imaginario europeo y de sus aspiraciones de conquista iniciales, el Imperio otomano tampoco se mantuvo totalmente al margen de todo lo que ocurría al otro lado del Atlántico y conoció muchas de las informaciones y saberes que llegaban a Europa occidental sobre el Nuevo Mundo. En una fecha tan temprana como 1498, el conocido cartógrafo turco Piri Reis poseía ya un mapa de Colón<sup>54</sup>. Esto evidencia que las comunicaciones Occidente-Oriente eran fluidas y que el aislamiento entre estos dos ámbitos no fue hermético. Fue Venecia la que actuó como principal interlocutora entre Europa y Estambul, aunque fue abandonando estas funciones conforme sus rivalidades se fueron exacerbando a lo largo del siglo XVI. Sin embargo, los intercambios entre la República y Estambul se mantendrán más o menos estables, decayendo ya definitivamente en los siglos XVII y XVIII, cuando se agravó la progresiva decadencia de la ciudad italiana. Otro de los países europeos con los que muy pronto el Imperio otomano estableció relaciones fue Francia. Las alianzas franco-turcas fueron constantes a lo largo de la Edad Moderna y respondieron a la rivalidad que ambas potencias mantenían con los Habsburgo. En 1539, Solimán I (el Magnífico para los europeos, el Legislador para los turcos) concedió a Francia las *Capitulaciones*, otorgando a este país una serie de privilegios comerciales. Este acercamiento diplomático fue calificado de «inaudito» por las cortes europeas<sup>55</sup>. Para von Grunebaum, las *Capitulaciones* rompieron el aislamiento de los otomanos respecto a Occidente, permitiendo a estos entrar directamente y en igualdad de condiciones en los juegos diplomáticos europeos<sup>56</sup> (aunque, en realidad, esta aparente igualdad de condiciones se mostrará falsa durante la

---

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 166.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 166.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 67.

<sup>55</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, *op. cit.*, p. 200.

<sup>56</sup> GRUNEBAUM, Gustave Edmund von, *El Islam II...*, *op. cit.*, p. 68.

decadencia otomana, como mostraré posteriormente). Otros autores como Karl Brandi han considerado esta alianza entre una gran potencia cristiana y el imperio islámico más grande de su tiempo como el acontecimiento histórico más trascendental de esos años<sup>57</sup>.

Por último, en este análisis de las relaciones que tuvo el Imperio otomano con el resto del mundo en el marco de la mundialización abierta desde el siglo XV, debo referirme a un invento clave en ese proceso de interconexión global: la imprenta. Desde 1515, este invento, considerado tan importante para el desarrollo científico y epistemológico de Europa, estuvo prohibido en el Imperio otomano. Esta prohibición no responde a un supuesto sentimiento turco o musulmán contrario al progreso, sino que deriva de la concepción religiosa del Corán, según la cual las Sagradas Escrituras debían ser literalmente eso, escritas<sup>58</sup>. Además, en la administración imperial existía una notable casta de escribas que tenía cierta consideración social y que se opuso a la adopción de este invento.

Si bien hasta principios del siglo XVIII no se instaló la primera imprenta para musulmanes en Estambul, con anterioridad este instrumento fue empleado con cierta asiduidad por judíos (importada por sefardíes españoles expulsados), armenios y griegos. Estas minorías confesionales pudieron hacer uso de la imprenta en el contexto de la relativa autonomía que les concedían sus *millets* y al escapar de los preceptos religiosos islámicos (a la casta de escribas no les afectaba que estas minorías emplearan la imprenta, puesto que para formar parte de la administración otomana se debía ser musulmán). Ninguna de las minorías otomanas que emplearon la imprenta antes del siglo XVIII la había aplicado todavía para el alfabeto árabe, alfabeto en que se escribía por entonces el turco otomano. La tardanza en la adopción de un invento de tal trascendencia sí que supone un factor en el que el Imperio quedó a la zaga respecto a las potencias europeas en el marco del despegue y extensión del conocimiento de la modernidad. Sin embargo, Gruzinski señala que, a pesar de que los europeos participaran ya en el siglo XVI de una cultura del libro impreso que no tenía equivalente en el mundo musulmán, «erróneo sería oponer radicalmente el mundo cristiano de lo

---

<sup>57</sup> JUAN VIDAL, Josep, «La rivalidad hispano-francesa y la amenaza otomana (1494-1559)» en FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna Universal...*, op. cit., p. 191.

<sup>58</sup> Esta relación entre religiosidad y extensión de la imprenta, las resistencias de la casta de escribas y todo lo referente a su uso autónomo por parte de los *millets*, en VEIGA, Francisco, *El turco...*, op. cit., p. 279-281.

impreso y el mundo musulmán de lo manuscrito. Tal sería olvidar que la mayor parte de información ibérica sobre América había seguido siendo manuscrita hasta el siglo XIX»<sup>59</sup>.

## EL MOSAICO OTOMANO

Frente al remanente de las ideas orientalistas homogeneizadoras de la realidad del mundo islámico, el análisis de la enorme pluralidad étnica, lingüística y confesional del Imperio otomano resulta capital para conocer una diversidad imposible de concebir en ningún estado europeo de la Edad Moderna. Como primer dato esclarecedor de esta compleja realidad social, debemos tener presente que no fue hasta el siglo XVI, con la conquista otomana del Levante, Egipto y Mesopotamia, cuando el Imperio estuvo conformado por una mayoría social musulmana<sup>60</sup>. La socióloga Karen Barkey habla de «imperio negociado» para definir al Imperio otomano, por la capacidad de los turcos de negociar con distintos grupos, ligándolos al Estado e introduciendo a sus miembros en sus instituciones<sup>61</sup>. Esta situación tampoco debe derivar a una imagen idealizada de un pasado idílico de entendimiento entre pueblos y credos, puesto que parte del éxito del modelo otomano se basó en el equilibrio entre la unidad (fundamentada sobre todo en el sometimiento de todos ellos a la autoridad del sultán) y el mantenimiento de cierta separación entre sí, ya sea económica, jurídica, administrativa o directamente física (como se ve en los barrios estambuliotas), equilibrio que se lograba a través de la división en *millets* (aunque este sistema también facilitó el mantenimiento de identidades confesionales no musulmanas, que desde finales del siglo XVIII fueron tendiendo a identidades culturales y políticas, siendo un factor destacado para el nacimiento de los nacionalismos).

Como ya hemos visto, el sistema de *millets* fue creado por Mehmet II tras la conquista de Constantinopla, engarzando a la población ortodoxa y a sus instituciones en las nuevas estructuras otomanas. A la cabeza del *millet* ortodoxo se encontraba el patriarca de Constantinopla, institución que se mantuvo prácticamente intacta tras 1453 y que, a lo largo de la historia del Imperio, supo desarrollar su influencia política y

---

<sup>59</sup> GRUZINSKI, Serge, *¿Qué hora es allá?...*, *op. cit.*, p. 94.

<sup>60</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, *op. cit.*, p. 179.

<sup>61</sup> MARTYKÁNOVÁ, Darina, «Las transformaciones...», *op. cit.*, p. 250.

codearse con las autoridades. Progresivamente, la relación entre esta institución y la Sublime Puerta se fue enrareciendo desde el siglo XVIII en el contexto del nacimiento de los nacionalismos balcánicos, dándose la expresión más radical de este proceso con el apoyo de la Iglesia ortodoxa a la causa independentista griega, lo que provocó que en 1821 el patriarca Gregorio V fuera colgado, arrastrado por las calles y finalmente arrojado al Bósforo<sup>62</sup>. Por su parte, el *millet* de los armenios georgianos fue creado tras la conquista otomana del Levante y Mesopotamia. Posteriormente, ya en el siglo XIX como consecuencia de la labor de misioneros europeos, del *millet* armenio georgiano se escindieron los *millets* armenios católico y protestante. Este hecho constata que, en una fecha tan tardía como mediados del siglo XIX, las autoridades otomanas seguían confiando en la capacidad cohesionadora social y religiosa del sistema, que, además, se mostró dinámico y adaptable a los contextos. Por último, el tercer *millet* otomano fue el judío, caracterizado por su progresivo y tardío reconocimiento, así como por su estructura administrativa descentralizada (por la disgregación de la población judía por todo el Imperio). La cabeza de la comunidad judía era el Gran Rabino de Estambul, reconocido también desde el sultanato de Mehmet II.

La población cristiana, judía y mazdeísta que vivía en estados musulmanes de la Edad Media y la Edad Moderna podía mantener su religiosidad al ser considerados por el islam *dimmiés*, «Gentes del Libro». Sin embargo, debían pagar un impuesto especial, la *cizya*, y, en el caso otomano, debían entregar a sus hijos al *devşirme*, un sistema de reclutamiento forzoso en el que los niños seleccionados eran convertidos al islam y formados para servir a la Sublime Puerta, ya fuera en el ejército (a través del cuerpo de jenízaros) o en la administración y el palacio como *kapikullari* (literalmente «esclavos de la Puerta»). A pesar de la crueldad de este sistema, muchos de los *kull* («esclavos») del *devşirme* lograban avanzar socialmente y llegaron a ocupar puestos importantes en palacio. Por ejemplo, muchos visires otomanos se habían formado en el *devşirme*.

A pesar de todo, «los no musulmanes ocupaban un papel secundario en la sociedad de la Puerta: debían pagar más impuestos [...], tenían menos libertad de movimientos, no podían montar a caballo ni llevar armas, debían llevar trajes que los identificaran como no musulmanes [, etc]»<sup>63</sup>. La sociedad otomana se dividía en dos clases sociales principales: gobernantes (otomanos u osmanlís) y súbditos (*re'aya*,

---

<sup>62</sup> RAMÓN SOLANS, Francisco Javier, *Historia Global de las Religiones...*, op. cit., p. 213.

<sup>63</sup> BUNES IBARRA, Miguel Ángel de, *El Imperio otomano (1451-1807)*, Madrid, Síntesis, 2015, p. 240.

literalmente «rebaño»). La movilidad social tenía tres requisitos: lealtad al Estado y al sultán, profesar la religión musulmana y conocer el complejo conjunto de costumbres y formas conocido como la «manera otomana». El acceso a la clase alta no se producía por herencia o nacimiento, sino como resultado de la formación personal. Esto explica que la gran fuente de miembros de esta clase social fuera el *devşirme* (aunque también hay que tener en cuenta a la vieja aristocracia turca y a los ulemas, siempre importantes en las altas esferas de poder). De esta manera, las conversiones fueron comunes para acceder a esta clase alta.

El islam siempre fue minoritario en los Balcanes, aunque logró algo más de extensión en las ciudades (aún más en las que tenían guarnición militar), produciéndose escasas conversiones. Dos regiones son excepcionales en este sentido: Albania y Bosnia, donde se produjo una rápida conversión al islam a partir de la dominación otomana en la Baja Edad Media. Paradójicamente, sus condiciones geográficas y su relativo aislamiento dificultaban el pleno despliegue de la administración otomana, pero aun así sus clases altas entraron pronto en la administración y la política del Imperio. Para el caso concreto de Bosnia, Anderson pone el foco en la persecución que habían sufrido los campesinos bogomilos por parte de la Iglesia católica en los años previos a la conquista turca, lo que explicaría la rápida aceptación de sus nuevos señores y su conversión al islam<sup>64</sup>. Sin embargo, no siempre la posición de las autoridades se mantuvo tan pasiva respecto a la religión de la población. En los siglos XVII y XVIII, en un intento por resarcirse de la degradación de las costumbres que se entendía como causa de la decadencia que empezó a sufrir el Imperio, se dieron importantes procesos de purificación en los ritos y costumbres islámicas y se aumentó la presión fiscal y judicial sobre los *dimmies*. Un caso radical de islamización en este contexto fue el de la isla de Creta, donde, a raíz del aumento de la presión impositiva sobre los no musulmanes y de la aplicación de leyes y costumbres islámicas, en poco más de un siglo casi la mitad de los cretenses se convirtieron al islam<sup>65</sup>.

Este rápido proceso de conversión cretense no puede explicarse atendiendo solo a dinámicas internas del Imperio. Debemos tener en cuenta que, en el siglo XVIII, el Imperio otomano había empezado ya una progresiva pérdida de territorios europeos. Las poblaciones no musulmanas no necesariamente acogieron con los brazos abiertos a

---

<sup>64</sup> ANDERSON, Perry, «Al sur del Danubio», en *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, Madrid, Siglo XXI, 2016, p. 299.

<sup>65</sup> BUNES IBARRA, Miguel Ángel de, *El Imperio otomano...*, *op. cit.*, p. 243.

los nuevos dominadores cristianos. De hecho, se tiene constancia del rechazo de la población local a conquistas venecianas y austríacas en el siglo XVII, pues la mayoría ortodoxa sentía recelos ante la presión católica (muchas veces acompañada de una mayor presión fiscal y una legislación más sectaria) que estas potencias llegaban a ejercer en sus dominios. Estas cuestiones han servido a los historiadores para explicar fenómenos como la rápida reconquista turca de Belgrado en 1690<sup>66</sup> (tras haberla perdido en 1688), así como la estabilidad y fidelidad de estas regiones a la Sublime Puerta posteriormente<sup>67</sup>. Sin embargo, esta situación cambió en la segunda mitad del siglo XVIII ante la emergencia de una potencia de confesión ortodoxa que no se veía afectada por las reticencias religiosas de la población balcánica: Rusia. Además, a finales del siglo XVIII, el reformismo de los déspotas ilustrados se tradujo en leyes de tolerancia religiosa tanto en la Austria de José II como en la Rusia de Catalina la Grande<sup>68</sup>. Cuestiones como estas pueden explicar el cambio de actitud de las minorías étnicas otomanas respecto a Estambul y a las potencias europeas.

Además de la importancia cultural que se desgana de esta diversidad social y confesional, la existencia de diversas minorías dentro del Imperio otomano es clave para entender su configuración económica y comercial. La economía otomana no estuvo prácticamente controlada por turcos, sino que quedó en manos de las minorías religiosas del Imperio. Anderson explica esto a través de la inexistencia en el mundo otomano de libertades urbanas, lo que suponía un control estatal que impidió notablemente el desarrollo de una burguesía mercantil turca<sup>69</sup>. De esta manera, los armenios controlaban el comercio anatólico, los griegos el del Egeo, mientras que los judíos dirigían las finanzas<sup>70</sup>. Además, estos grupos se fueron relevando en las funciones comerciales a lo largo de la historia otomana en función de la situación sociopolítica. De esta manera los judíos fueron fundamentales en la configuración económica otomana entre los siglos XV y XVII, teniendo mucha importancia la notable llegada de judíos españoles a grandes plazas comerciales otomanas como Avalonya (actual Vlorë), Salónica o a la propia Estambul. Sin embargo, la decadencia económica que vivió el Imperio desde el siglo XVII y las campañas de islamización provocaron una progresiva migración de judíos

---

<sup>66</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, *op. cit.*, p. 268.

<sup>67</sup> BUNES IBARRA, Miguel Ángel de, *El Imperio otomano...*, *op. cit.*, p. 243.

<sup>68</sup> RAMÓN SOLANS, Francisco Javier, *Historia Global de las Religiones...*, *op. cit.*, p. 107 y 131.

<sup>69</sup> ANDERSON, Perry, *El Estado absolutista*, *op. cit.*, pp. 385-386.

<sup>70</sup> STOYE, John, *El despliegue de Europa. 1648-1688*, Madrid, Siglo XXI, 1979, p. 361.

otomanos a países occidentales punteros como Inglaterra u Holanda<sup>71</sup>. Pronto sus funciones fueron tomadas por griegos, quienes tuvieron la primacía en los manejos mercantiles hasta la independencia de Grecia en 1829. Los armenios sustituyeron a los griegos y mantuvieron un importante dominio sobre las actividades económicas y comerciales del Imperio hasta la Primera Guerra Mundial y su genocidio. Sobre los armenios cabe mencionar que su importancia comercial era ya muy notable con anterioridad. Lo más destacado de su actividad fue su enorme dispersión por toda Asia, donde controlaban gran cantidad de rutas comerciales. Se conoce la presencia permanente de armenios en ciudades como Isfahan o regiones como el Tíbet y se sabe que llegaron a establecer contactos con la Compañía Inglesa de las Indias Orientales en el siglo XVII<sup>72</sup>. Estas cuestiones dan fe, de nuevo, de la notable presencia de elementos otomanos a lo largo del continente asiático.

Más allá de los grupos no musulmanes, dentro de la confesión islámica y los territorios árabes del Imperio se daba también una diversidad muy notable. La mayoría de la población musulmana del Imperio era sunita, con poblaciones chiítas dispersas en Siria, Líbano y la frontera con Persia. Además de estas dos confesiones «ortodoxas» del islam (dentro de las cuales había un número inabarcable de grupos y sectas), en el Imperio otomano proliferaron otras vertientes místicas del islamismo, corrientes que se han aglutinado bajo el término sufismo. El extendido sufismo otomano estuvo representado por sus numerosos derviches. Dentro del sufismo tuvo especial importancia la secta de los bektasíes, secta que estuvo muy ligada a los jenízaros y que funcionó como cohesionador y motivo de camaradería dentro de este cuerpo militar<sup>73</sup>. De hecho, la orden de los bektasíes desapareció a la vez que fue disuelto el cuerpo de jenízaros en 1826. Otro grupo religioso peculiar eran los drusos, un subgrupo esotérico ismailita (y por tanto chiíta) que reconocen al califa Alí como reencarnación de Alá (algo totalmente impensable para cualquier otro musulmán) y que tienen un código ético y creencias y ritos particulares.

Más allá de la religiosidad, se suele considerar que las regiones árabes del Imperio otomano actuaban prácticamente con independencia de la Sublime Puerta, dada

---

<sup>71</sup> GOODWIN, Jason, *Los Señores del Horizonte. Una historia del Imperio otomano*, Madrid, Alianza Editorial, 2016, p., 386.

<sup>72</sup> WILLS, John E., *1688...*, *op. cit.*, pp. 382-383.

<sup>73</sup> RODRÍGUEZ MADRAZO, Jaime Denis, «Jenízaros: La definición social de la élite militar del Imperio Otomano (ss. XVI-XVII)», *Revista Historia Autónoma*, n.º 12 (2018), pp. 71-72.

su lejanía y la falta de una administración suficiente. Sin embargo, la importancia de muchas de estas provincias era vital para la economía del Imperio (como Egipto). El Asia otomana se caracterizó por los constantes juegos de poder entre la aristocracia local (el Imperio albergó territorios con dinastías muy antiguas como los hafsíes tunecinos, los mamelucos egipcios o las monarquías berberiscas) y la estructura de dominio otomana<sup>74</sup>. Para favorecer la introducción de estas élites locales en la gobernabilidad, se mantenían muchas de las instituciones anteriores. En este entramado, el papel de los jueces islámicos y el sistema judicial aparece como una parte esencial en la unificación de los ritmos sociales y en la cohesión de la sociedad árabe frente a Estambul<sup>75</sup>. Además de esto, se tiene constancia, hasta bien entrada la Edad Moderna, de la presencia de pueblos nómadas en la parte asiática del Imperio, lo que daba lugar a la existencia de dimorfismo social. Los grandes pueblos nómadas del Asia otomana fueron los turcomanos (en Anatolia), los kurdos (en los Zagros) y los beduinos (en Arabia). Esta cuestión fue causante de fuertes tensiones y rebeliones ante la dificultad de adaptación de estos pueblos nómadas a un aparato administrativo y fiscal.

Conforme fueron introduciéndose ideologías de tipo occidental en el Imperio (especialmente el nacionalismo), la diversidad confesional acabó siendo el talón de Aquiles del entramado político y social otomano y pronto fue aprovechada por las potencias europeas para desarrollar sus propios intereses, inmiscuyéndose en las dinámicas internas del Imperio y ganando poder de decisión sobre el mismo.

---

<sup>74</sup> BUNES IBARRA, Miguel Ángel, *El Imperio otomano...*, *op. cit.*, pp. 247-250.

<sup>75</sup> *Ibidem*, pp. 250-252.



## 3

### **SUBORDINACIÓN Y OCCIDENTALIZACIÓN**

A partir del siglo XVII, el Imperio otomano entrará en un largo periodo de decadencia que se dilatará hasta más allá de la Primera Guerra Mundial. Este largo proceso responde a la injerencia de las potencias europeas en el destino del Imperio, ya que, aunque para algunas potencias (como Rusia o Austria) el principal interés respecto a los otomanos era hacer desaparecer su Imperio y expandirse hacia el Mediterráneo, otras (como Gran Bretaña y Francia) desarrollaron nuevas formas de dominación indirecta sobre las estructuras políticas, económicas y sociales otomanas, evitando muchas veces la desintegración del Imperio por temor a la amenaza que suponía la extensión de las otras potencias. Este complejo juego de equilibrios y poderes que desarrollarán las potencias europeas respecto a la decadencia otomana es lo que se conoce como la «Cuestión de Oriente».

En este contexto, el Imperio otomano ha dejado ya claramente de ser un poder destacado y poco a poco su soberanía será acaparada por las potencias europeas. Esto responde a la consolidación de la divergencia Occidente-Oriente y a la superación técnica y económica del segundo por el primero, lo que permitirá el progresivo dominio europeo del mundo. El marco geográfico del Imperio otomano, al situarse en la periferia misma de Europa occidental y al coincidir este proceso con la propia decadencia otomana, permitirá a los europeos, de forma muy temprana, desarrollar sus intereses y hasta cierto punto manejar el Imperio a su voluntad. De esta manera se abre un triple proceso de reformismo, occidentalización y subyugación que determinará el desarrollo del Imperio otomano hasta su desaparición.

## LA DECADENCIA OTOMANA

Sobre la decadencia otomana se ha escrito mucho y se han aportado diversas perspectivas, condicionadas casi todas ellas por el factor que hace tan especial el proceso: su larguísima duración. El historiador británico Jason Goodwin opina que «"decadencia" quizá sea un término inapropiado para describir la experiencia otomana de aquellos años. El viejo sistema se hizo más complejo y diferenciado tras los embates que recibió a principios del siglo XVII, convirtiéndose en algo más indeterminado, más vulgar y más moderno»<sup>76</sup>. Frente a la aplicación tradicional de los términos «crisis» o «decadencia», Bunes Ibarra y Beytas prefieren usar «recesión»<sup>77</sup>, término que sin embargo considero demasiado economicista.

Independientemente de la terminología, es evidente que desde el siglo XVII el Imperio otomano sufre un largo proceso de degradación. Perry Anderson sitúa el inicio de la decadencia otomana con el fin de su expansión en la segunda mitad del siglo XVI y expone: «comparado con los estados absolutistas europeos de finales del siglo XVI y principios del XVII, el imperio turco era comercial, cultural y tecnológicamente más atrasado. Se había abierto paso en Europa a través del ángulo más débil de defensa del continente, es decir, la ruinoso fachada social de los Balcanes en su periodo medieval. Pero enfrentado a las monarquías de los Habsburgo, mucho más robustas y representativas, fue incapaz de imponerse por tierra (Viena) o por mar (Lepanto)»<sup>78</sup>. Sin embargo, la decadencia otomana responderá más bien a cuestiones internas y no solo a su superación por los estados europeos. Además, será un proceso de casuística muy variada: política, social, económica, financiera, militar, etc.

El periodo de expansión militar y el desarrollo estatal y burocrático que vive el Imperio otomano desde la Baja Edad Media, da paso a un periodo de estancamiento, que se inicia ya a finales del sultanato de Solimán el Magnífico (1520-1566), cuando la expansión constante se ve abruptamente detenida, produciéndose campañas militares infructuosas que aumentan la necesidad de financiación, aplastando fiscalmente a las clases populares (las sublevaciones serán recurrentes). La clase política otomana entra en un proceso de degradación y cerrazón en sí misma, condición que mantendrá hasta la definitiva desaparición del Imperio (con excepciones, como los gobiernos de los

---

<sup>76</sup> GOODWIN, Jason, *Los señores del horizonte...*, *op. cit.*, p. 363.

<sup>77</sup> BUNES IBARRA, Miguel Ángel de y BEYTAS, Halil, *op. cit.*, p. 6.

<sup>78</sup> ANDERSON, Perry, *El Estado absolutista*, *op. cit.*, p. 387.

Köprülü), a la par que ganan influencia política cuerpos militares como los jenízaros o los *sipahis*<sup>79</sup>. La degradación de la clase política otomana responderá al absentismo del sultán en sus funciones y su delegación en visires y gobernadores. Esto provocará que poco a poco surjan facciones palaciegas (entre las que tendrá mucha importancia el *harén* del sultán), que lucharán entre sí por el triunfo de sus proyectos y que (unidas a la «politización» de cuerpos militares y ulemas) llevarán en incontables ocasiones a derrocamientos de sultanes, asesinatos de visires, etc. Este faccionalismo palaciego estará vertebrado por las tensiones entre la vieja aristocracia turca y el incipiente poder de los «funcionarios» *kapikullari*.

La degeneración de la clase política comenzará por la degradación de los sultanes. Tradicionalmente, los sultanes otomanos designaban como gobernadores provinciales a sus sucesores, para que desarrollaran así aptitudes de gestión y mando. A la muerte del sultán, al no haber preferencia entre sus hijos según primogenitura, debían enfrentarse entre ellos por el poder, lo que se ha llamado la «ley del fratricidio» otomana. Sin embargo, el sultán Ahmed I (1590-1617) pondrá fin a esta cruel tradición, designando un heredero antes de morir y encerrando a este y al resto de posibles pretendientes en lujosas salas llamadas *kafes* («jaulas») para evitar luchas por la sucesión. Aunque esta decisión responda claramente a un intento de poner fin a que a la muerte de cada sultán se diera una situación de práctica guerra civil, el nuevo modelo de sucesión y el encierro de los herederos propició la decadencia de la casa real y una creciente deficiencia e incapacidad en el gobierno, quedando muchas veces los sultanes subordinados a los intereses de las facciones palaciegas.

La decadencia del poder central y la creciente presión fiscal provocaron muy pronto el desencuentro con gobernantes provinciales, que a lo largo de los últimos siglos de historia del Imperio acapararían poder y funciones de Estambul, logrando muchas veces crear pequeñas entidades casi autónomas controladas por una dinastía. Además, respecto a la decadencia financiera del Imperio otomano, se ha puesto también sobre la mesa la incidencia de la llegada masiva de plata americana y la revolución de los precios (que afectó especialmente al Imperio otomano porque su relación oro-plata era muy baja a comienzos de la Edad Moderna<sup>80</sup>), lo que provocó una inflación galopante y una crisis económica y monetaria imparable (más en un contexto de

---

<sup>79</sup> Cuerpo de caballería otomano compuesto por los señores timariotas.

<sup>80</sup> ANDERSON, Perry, *El Estado absolutista*, op.cit., p. 390.

constantes derrotas militares). Esta situación financiera tuvo notables consecuencias: aumento impositivo, degradación del sistema de *timars*<sup>81</sup>, así como incapacidad para pagar salarios de soldados y jenízaros. Estas tres cuestiones fueron motivo de grandes inestabilidades dentro del Imperio otomano: revueltas populares, revueltas timariotas, revueltas provinciales y revueltas militares. Además, se produjo un deterioro del sistema administrativo, generalizándose prácticas de compraventa de cargos, lo que aumentó la corrupción institucional.

En esta compleja situación el Imperio otomano presentaba ya muchos síntomas de degradación, que, sin embargo, se mantendrán medianamente disimulados de cara al exterior hasta finales del siglo XVII, cuando la derrota en el segundo sitio de Viena detone todas las contradicciones en las que el Imperio se veía sumido. Ya entre los siglos XVI y XVII, otros acontecimientos habían ido constatando progresivamente la superioridad militar de las potencias europeas, como la Paz de Zsitvatorok, firmada tras la Guerra Larga contra los Austrias (1591-1606), que será el primer acuerdo de paz contrario a los intereses de la Sublime Puerta<sup>82</sup>. Progresivamente, a lo largo del siglo XVII, el mito del Gran Turco se fue diluyendo.

Sin embargo, no será hasta la derrota de Kahlenberg, frente a las murallas de Viena, en 1683, cuando los europeos constaten definitivamente la debilidad militar y estructural del Imperio otomano. De hecho, tras la batalla se conformará una coalición europea, la Liga Santa, que expulsará a los otomanos de Hungría. Finalmente la paz será firmada en Karlowitz (1699), tratado con el que se inicia la paulatina retirada de los otomanos de Europa y que muestra la progresiva injerencia de los occidentales en el Imperio, puesto que no solo fue la primera resolución de un conflicto totalmente desfavorable para la Sublime Puerta, sino que también en las negociaciones actuaron diplomáticos de terceros países (Francia, Inglaterra y Holanda) que trataron de ejercer su influencia y comenzaron a tutelar al Imperio<sup>83</sup>. Este hecho rompe con la idea de que el Imperio entró en el siglo XVI y en igualdad de condiciones en los juegos diplomáticos

---

<sup>81</sup> Tradicionalmente, el Imperio otomano había quedado dividido administrativa y fiscalmente en *timars*, término que ha tendido a traducirse como «feudo» en Occidente, pero que no es asimilable al no constituir una situación de dependencia personal. El concesionario (que obtenía la titularidad del *timar* como compensación de un pago o por determinados servicios al sultán) recaudaba impuestos en beneficio propio, pero, a cambio, debía al sultán servicios militares, conformando los timariotas el grueso de la caballería *sipahi*.

<sup>82</sup> BUNES IBARRA, Miguel Ángel de, *El Imperio otomano...*, *op. cit.*, p. 165.

<sup>83</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, *op. cit.*, p. 272.

Europeos<sup>84</sup>. Además, Karlowitz dio comienzo a un periodo de constantes agresiones expansionistas contra los otomanos, que se extendió hasta la década de 1830. Además, a este desastre se sumaron otros dos alicientes más en el tablero internacional: la aparición de Rusia como potencia emergente y con aspiraciones sobre el mar Negro y los Balcanes (fue la gran enemiga del Imperio otomano hasta su desaparición) y la progresiva desvinculación del Magreb del dominio otomano.

Si hasta entonces la delicada situación interna del Imperio no había provocado el surgimiento de voces críticas con su organización y estructuración, la constatación de la degradación en el marco internacional y militar provocó el nacimiento de un incipiente reformismo otomano que ya no se limitará a la depuración de las encalladas instituciones otomanas, sino que progresivamente irá tomando modelos europeos. Bernard Lewis destaca como Karlowitz «y los sucesivos acuerdos de paz que seguirían fueron convenciendo a los dirigentes otomanos de que limitarse a reformar las viejas instituciones y sistemas ya no era suficiente. Por primera vez fue abriéndose camino la dura constatación de que era necesario aplicar remedios europeos para asegurar la supervivencia del Imperio»<sup>85</sup>. Muchas veces los grandes problemas estructurales no se diagnosticaban ni se trataban de resolver por la supuesta superioridad musulmana sobre el mundo infiel<sup>86</sup> (algo que, por otro lado, era recíproco), quedando Europa fuera del marco de referencia básico. «Los otomanos se consideraban a sí mismos la vara de medir el progreso. El propio concepto les resultaba blasfemo»<sup>87</sup>. Esto explica que ciertos sectores contestatarios durante mucho tiempo (incluso hasta bien entrado el siglo XIX) recurran exclusivamente a la sustitución de un gobernador, un visir o un sultán por otro como solución a los problemas estructurales.

Esta situación provocará que, desde principios del siglo XVIII, se dé una progresiva división en palacio entre lo que Ian Buruma llamó «indigenistas» y «occidentalizadores». Los primeros se mostraron favorables a aprovechar o directamente intervenir en los grandes conflictos internacionales del momento con la esperanza de un retorno al glorioso pasado de expansionismo imparable; mientras que los segundos, constatando las debilidades imperiales, serán partidarios de un periodo de

---

<sup>84</sup> Véase, de este trabajo, pp. 25-26.

<sup>85</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, op. cit., p. 270.

<sup>86</sup> BORREGUERO BELTRÁN, Cristina, «Los europeos fuera de Europa (siglos XVII- XVIII)», en FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna Universal*, Barcelona, Ariel, 2017, p. 745.

<sup>87</sup> GOODWIN, Jason, *Los señores del horizonte...*, op. cit, p. 221.

paz para poder desarrollar su programa reformista<sup>88</sup>. Inicialmente, el proyecto de los primeros se acabará imponiendo gracias a una situación un tanto fortuita. En el marco de una guerra con Rusia, el rey sueco, Carlos XII, se había visto forzado a buscar refugio en Estambul, situación que precipitará la entrada del Imperio otomano en la Gran Guerra del Norte. La presencia del rey sueco en la capital otomana provocó que agentes diplomáticos y espías de varias potencias europeas desarrollaran sus intrigas en la capital otomana<sup>89</sup>, sentando un precedente que luego se extenderá al palacio, a la economía, a las minorías, etc. Con todo, la participación en esta guerra resultó beneficiosa para el Imperio, lo que alentará a los belicistas, que presionarán para la declaración de guerra a Austria con el objetivo de retomar Hungría. Sin embargo, esta guerra será desastrosa y llevará al Tratado de Passarowitz (1718), con el que la llanura panónica quedará ya lejos de los dominios otomanos.

La derrota frente a Austria supuso el triunfo de los partidarios de la reforma de las estructuras imperiales, propiciado por el ascenso del gran visir Damat Paşa. Se inicia así la llamada «Era de los Tulipanes» (1717-1730), un tiempo de reformas occidentalizadoras y de tensiones crecientes con los sectores conservadores reticentes a las mismas (que, de hecho, lograrán poner fin a esta primera experiencia con la abdicación forzosa de Ahmed III). Este primer reformismo otomano de corte europeo será bastante superficial y afectará sobre todo a la cultura y a las formas de las élites<sup>90</sup>. Empero, debemos apreciar su valor, puesto que abrió un resquicio en el hermetismo otomano. A partir de este momento, el Imperio otomano procurará no inmiscuirse en ningún conflicto internacional de la Europa oriental, ni siquiera en algunos en los que podría haber aprovechado las circunstancias, como la guerra de Sucesión austríaca o la guerra de los Siete Años.

---

<sup>88</sup> BUNES IBARRA, Miguel Ángel de, *El Imperio otomano...*, *op. cit.*, p. 195.

<sup>89</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, *op. cit.*, p. 320.

<sup>90</sup> *Ibidem*, p. 283.

## REFORMISMO OCCIDENTAL, INSTRUMENTALIZACIÓN OCCIDENTAL

Von Grunebaum desdeña la «Era de los Tulipanes» como un periodo de reforma propiamente dicho. Así, divide el reformismo otomano en tres etapas: una parte de preparación y transición (1789-1826), una segunda parte de acción intensiva (1826-1876) y una etapa de culminación (1876-1914)<sup>91</sup>.

A pesar de la interpretación de von Grunebaum, son varios los elementos que evidencian el nacimiento del reformismo otomano a principios del siglo XVIII. Una de las primeras medidas que se toman tras Passarowitz es la creación de las primeras embajadas otomanas en Europa, concretamente en las ciudades de Viena, París, Moscú y Varsovia<sup>92</sup>. También en estos momentos se da la práctica de «contratar» especialistas europeos para tutelar las reformas otomanas, que se mantendrá hasta la desaparición del Imperio. En un primer momento, sus actuaciones quedarán reducidas a cuestiones militares y navales, siendo de especial importancia el conde de Bonneval y el barón de Tott (ambos franceses). Se crean nuevos cuerpos militares, se importan técnicas y tácticas, se academiza la formación militar, etc. Estos modelos militares europeos tendrán un resultado inmediato positivo, con la inesperada victoria otomana sobre Rusia y Austria en 1739. Sin embargo, jenízaros y *sipahis* se verán perjudicados por las reformas y verán con malos ojos a los nuevos cabecillas militares extranjeros, sentimiento que compartirán con personalidades religiosas como los ulemas (que por ejemplo obligaron al conde de Bonneval a convertirse al islam). También en este tiempo se redujo el tamaño del ejército y del funcionariado, fomentando la austeridad (aunque se mantuvo la presión fiscal). Esta situación provocó una tensión creciente que se tradujo en sublevaciones militares, populares, en la pérdida de autoridad sobre determinadas provincias, etc.

El conjunto de reformas adoptadas por el Imperio otomano se vio sometido verdaderamente a prueba con la voracidad expansionista de la nueva zarina rusa, Catalina la Grande. En el contexto de una rebelión nobiliaria en Polonia, la plaza otomana de Balta (Crimea), donde se habían refugiado unos rebeldes polacos, fue atacada por los rusos. La respuesta turca permitió a la zarina llevar a la práctica sus planes de expansión. De nuevo, el Imperio se vio envuelto inesperadamente en una

---

<sup>91</sup> GRUNEBaum, Gustave E. von, *El Islam II...*, op. cit., p. 96.

<sup>92</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, op. cit., p. 276.

guerra europea, sujeto a unos de juegos de poder que cada vez le eran más ajenos. La pérdida de Crimea tras esta guerra (cuya paz se acordó en Küçük Kaynarca en 1774), supuso que el Imperio otomano perdiera un territorio musulmán por primera vez (algo que para muchos supone el inicio de la Cuestión de Oriente<sup>93</sup>). Para Isabel de Madariaga, Catalina la Grande fue «la auténtica verdugo del Imperio otomano»<sup>94</sup>. De no haber sido por el estallido de la Revolución francesa, es posible que los rusos hubiesen tomado Estambul a finales del siglo XVIII<sup>95</sup>. De hecho, la zarina tenía un plan de desintegración del Imperio pactado con Austria, que preveía incluso la restauración del Imperio bizantino, con la entronización de su nieto, llamado Constantino a tal efecto. Francia entraba en el reparto a través de la reina María Antonieta (que era Habsburgo), correspondiéndole dominios en Siria y Egipto, donde tenía intensos comerciales, lo que nos muestra que «proyectos que cobrarían plena vigencia a lo largo del siglo siguiente, e incluso del siglo XX, tenían su origen en épocas muy anteriores»<sup>96</sup>.

La instrumentalización y el control europeo sobre el destino del Imperio otomano son claros ya a finales del siglo XVIII, una dinámica que se mantendrá hasta 1923. Ante la invasión rusa de Georgia (1787), diplomáticos británicos y prusianos presionaron a la Sublime Puerta para declararle la guerra (algo que finalmente ocurrió), temerosos de la consolidación de una Rusia hegemónica en Asia Central y el este de Europa. Posteriormente, ante la invasión francesa de Egipto, los otomanos lograron el respaldo de Gran Bretaña y Rusia (con la que había estado en guerra pocos años atrás). Sin embargo, Francia seguía siendo la principal referencia europea de la Sublime Puerta, lo que explica la condescendencia hacia la política napoleónica en el Mediterráneo. Esto será la excusa para una nueva declaración de guerra, en 1806, por parte de sus hasta hace poco «aliadas», Rusia y Gran Bretaña (que descaradamente instrumentalizaban las relaciones con el Imperio según sus intereses). Esta guerra hubiese sido desastrosa para el Imperio otomano (que se encontraba en un contexto de total debilidad, con rebeliones balcánicas y con un vacío de poder tras una sublevación de jenízaros y ulemas) pero de nuevo se vio salvado involuntariamente por las decisiones de las potencias europeas tras la pacificación continental acordada entre Napoleón y el zar Alejandro I en Tilsit. La zozobranante situación internacional del

---

<sup>93</sup> BUNES IBARRA, Miguel Ángel de, *El Imperio otomano...*, *op. cit.*, p. 207.

<sup>94</sup> BENÍTEZ DEL CASTILLO, Jacobo, «El rechinar de la Sublime Puerta...», *op. cit.*

<sup>95</sup> *Ibidem.*

<sup>96</sup> Tanto los planes de la zarina como la cita literal se encuentran en VEIGA, Francisco, *El turco...*, *op. cit.*, p. 290-291.



Imperio en esos años evidencia que tanto la desaparición como la salvación del Imperio ya no dependían solamente de la determinación de la Sublime Puerta. Anderson afirma que «la protección internacional demoró la caída final del Imperio otomano durante cerca de un siglo inspirando en este tiempo una serie de tentativas de renovación "liberal" que lo adaptasen a las normas capitalistas de Occidente»<sup>97</sup>.

Otro hito importante en la progresiva dominación europea del Imperio fue la expedición napoleónica a Egipto de 1798. No solo es importante por ser una acción que sentó precedentes para el colonialismo decimonónico, sino porque también con ella surgió la atracción intelectual europea hacia Oriente, que primero se catalizó en la egiptología, pero que pronto se amplió al conjunto del Imperio y a la religión islámica<sup>98</sup>. De esta manera, el halo de terror hacia el Turco y hacia Oriente queda sustituido por un exotismo que culminará con el romanticismo. Por todo esto, Said señala la expedición de 1798 como uno de los momentos clave del inicio del orientalismo<sup>99</sup>.

La decadente situación en que se situaba el Imperio era ya incuestionable en este contexto, lo que progresivamente fue haciendo más evidente la necesidad de reformas. Sin embargo, las resistencias de determinados elementos que veían peligrar su posición política, social y económica eran aún muy limitadoras. Por ejemplo, el importante reformismo desarrollado por Selim II se verá truncado por una rebelión jenízara en 1806, apoyada por ulemas y estudiantes de teología, que acabó destronándolo y tras la que «se promulgó una fatua que condenó todas las reformas como ilegales y contrarias a la religión y a la tradición»<sup>100</sup>. La notable capacidad de acción de los sectores conservadores contrarios a la occidentalización se mantuvo hasta 1826, momento en que desapareció uno de los principales obstáculos sociales a los cambios, los jenízaros.

La desaparición del *devşirme* en 1648 había provocado el progresivo deterioro del cuerpo de jenízaros con elementos como el alistamiento de musulmanes o la transmisión hereditaria. Poco a poco los jenízaros fueron perdiendo su capacidad e impronta militar, pero manteniendo salarios, privilegios fiscales, consideración social y capacidad de presión política. Por ello, a finales del siglo XVIII, los jenízaros habían derivado en una especie de casta social. Esta condición explica sus reticencias a los

---

<sup>97</sup> ANDERSON, Perry, *El Estado absolutista*, op. cit., p. 399.

<sup>98</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, op. cit., p. 297.

<sup>99</sup> SAID, Edward W., *Orientalismo*, op. cit., p. 89.

<sup>100</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, op. cit., p. 303.

cambios administrativos, sociales y militares. Su poder coercitivo sobre palacio había intentado paliarse con la creación de nuevos cuerpos leales al sultán como los *Nizam-ı Cedit* por Selim III o los *Segban-ı Cedit* por Mahmud II. Finalmente, este sultán decidió acabar definitivamente con la contestación a su poder que suponían los jenízaros, ordenando, tras un nuevo conato de rebelión en 1826, su destrucción y persecución, lo que se conoce como el Benéfico Evento.

Desde mediados del siglo XVIII se dieron las primeras tensiones centrífugas respecto a Estambul como las rebeliones provinciales anatólicas, el gobierno de Alí Paşa en Janina (Epiro) o el wahabismo (entre otros), aunque todavía no se había alcanzado un estadio ideológico nacionalista moderno. Las potencias europeas aprovecharon esas dinámicas y tensiones contrarias a la autoridad de Estambul, para aumentar su injerencia en el Imperio y desarrollar sus intereses. En este sentido, «los *millets* se convirtieron a lo largo del siglo XIX –si no antes– en puertas traseras por las que se colaban las disolventes influencias occidentales. No solo eran perfectas plataformas de penetración donde las grandes potencias volcaban su dinero, agentes y conspiraciones, además, algunas de las comunidades confesionales supieron aprovechar las oportunidades políticas que ofrecían»<sup>101</sup>.

Las rebeliones serbias de 1804-1813 y 1815-1817 fueron las primeras rebeliones en las que la instrumentalización europea se mostró decisiva y llegó a afectar a su resolución. Estas respondieron a la caótica situación en la que había entrado la administración local otomana y los abusos que había sufrido la población tras cambiar la región varias veces de manos entre Austria y los turcos. Esto provocó una reacción disconforme con Estambul en escalada, que empezó con el gobernador de la región (que acabó destituido y muerto), luego dio paso a una revuelta timariota y posteriormente a una insurrección popular. Sin embargo, a partir de la intervención rusa (que se presentaba ante los pueblos ortodoxos como su libertadora frente a la tiranía islámica), se inicia una deriva identitaria que provocó que, en poco tiempo, una rebelión por motivos de orden público se volviera una auténtica guerra de independencia<sup>102</sup>. Finalmente, la situación se pacificó con la concesión de autonomía a Serbia en 1817.

Sin embargo, la gran rebelión en la que la injerencia europea se tornó ya decisiva y capaz de alterar los procesos internos del Imperio a su voluntad fue la griega

---

<sup>101</sup> *Ibidem*, p. 351.

<sup>102</sup> *Ibidem*, p. 302.

de 1821<sup>103</sup>. Los griegos habían conservado su identidad cultural y religiosa gracias al sistema de *millet* y tenían mucho poder económico y social. El poder comercial griego creció sobremanera a finales del siglo XVIII, cuando obtuvieron privilegios comerciales con Rusia y, sobre todo, durante las guerras napoleónicas, pues el Bloqueo Continental favoreció al comercio griego, desarrollándose rutas comerciales desde el Mediterráneo hasta Centroeuropa. Estas importantes relaciones comerciales con Occidente permitieron que las ideas de la Ilustración fueran calando en una minoría de comerciantes y mercaderes griegos, que además tomaron la visión despectiva del Imperio que tenían los europeos. En consecuencia, se formó una «minoría consciente» (que además sabía que Rusia apoyaría su alzamiento). Sin embargo, la gran insurrección griega estalló en el Peloponeso por tensiones agrarias entre los campesinos ortodoxos que reclamaban tierras y los *çiftliks*<sup>104</sup> comandados por turcos. Además, su contemporaneidad con otras inestabilidades, como la de Ali Paşa en Epiro, provocó que el alzamiento griego no tuviera oposición en sus primeros momentos. A pesar de ello, la rebelión griega se mostró desunida e incapaz verdaderamente de plantar cara a la Sublime Puerta (que pronto logró pacificar Creta y atacar el Peloponeso).

En esta situación, favorable para el Imperio, fue de nuevo la acción occidental la que provocó un cambio en las tornas, pues la cuestión helena había empezado a levantar pasiones en una Europa cada vez más romántica (véase la influencia del poeta inglés Lord Byron, muerto luchando junto a los insurrectos griegos en 1824). Fue la primera vez que la Cuestión de Oriente fue tratada por la prensa occidental, que magnificó las matanzas de los otomanos y silenció las persecuciones a musulmanes (un patrón de actuación que se mantendría para los asuntos balcánicos hasta la caída final del Imperio) y que trasladó a las masas un mensaje de lucha por unos ideales europeos superiores frente a la tiranía y el islam<sup>105</sup>. De forma muy rápida lograron abrir vías para proporcionar suministros y armas a los rebeldes. Finalmente, ingleses y franceses enviaron sus flotas al Egeo para forzar una mediación y acabaron destruyendo la flota otomana en Navarino. Por su parte, Rusia invadió el Imperio por los Balcanes y el Cáucaso. Sin embargo, en estos momentos no se lanzó a la destrucción total del Imperio, puesto que se contaba entre las potencias garantes del orden posnapoleónico,

---

<sup>103</sup> Los datos aquí expuestos sobre la insurrección griega de 1821, *ibidem*, p. 310-321.

<sup>104</sup> Sistema de gestión de la tierra que fue sustituyendo a los *timar* cuando estos entraron en decadencia. La gran diferencia entre el *timar* y el *çiftlik* es que este era hereditario.

<sup>105</sup> Sobre el papel de la prensa en las rebeliones balcánicas decimonónicas, véase *ibidem*, pp. 319-320.

conteniéndose en la Paz de Edirne de 1829. También hay que tener en cuenta los intereses británicos, recelosos de la posible hegemonía rusa en el Mediterráneo Oriental y partidarios del mantenimiento del enorme mercado unificado que suponía el Imperio otomano. Por ello, la derrota de 1829 no supone solo el reconocimiento de la independencia griega, sino también la constatación de la pérdida de autoridad del Imperio sobre su propio seno.

Mientras tanto, en Egipto, tras la invasión francesa y la descomposición final de la oligarquía mameluca, el gobernante otomano Mehmet Alí había logrado afianzar un poder incontestable. Esta posición le permitió desarrollar reformas que iban más allá de las que se estaban planteando en Estambul. Para ello se ayudó de asesores occidentales en cuestiones militares, comerciales, agrícolas (fomentando el algodón) o fiscales (creando un sistema impositivo por catastro)<sup>106</sup>. Su gobierno no fue rechazado desde Estambul, ya que el reformismo también era propugnado por Mahmud II y se mantuvo fiel a la Sublime Puerta. Fue con la guerra e independencia de Grecia cuando se abrieron notables fisuras entre Estambul y El Cairo, tensiones que acabaron con la rebelión del gobernador de Egipto, que marchó sobre la capital. La posibilidad real de una refundación del Imperio otomano bajo una égida egipcia reformista alertó a las potencias europeas, que apoyaron al sultán. La rebelión egipcia terminó con un acuerdo en el que la Sublime Puerta permitía la transmisión hereditaria del cargo de gobernador de Egipto entre los descendientes de Mehmet Alí. La humillación ante un Egipto que había aplicado reformas más profundas hizo ya inevitable el diagnóstico de que eran necesarias también para el Imperio en su conjunto<sup>107</sup>, iniciándose el periodo del *Tanzimat* (1839-1876).

Las reformas del *Tanzimat* fueron las primeras de un calado verdaderamente profundo en las estructuras imperiales. Este periodo se inició en 1839 con la aprobación del «Decreto Imperial» (una dinámica de «modernización por decreto» que luego será recogida por los Jóvenes Turcos y el kemalismo), que aprobó nuevas reformas militares, la racionalización de la administración y la fiscalidad, la creación de protoministerios, el reconocimiento de la igualdad de toda la población del Imperio independientemente de su confesión, etc. Muchas de las reformas jurídicas del *Tanzimat* contradecían directamente la ley islámica, algo que se rompió definitivamente con la aprobación de

---

<sup>106</sup> *Ibidem*, p. 307-309.

<sup>107</sup> *Ibidem*, p. 322.

un nuevo Código Penal laico de inspiración francesa, lo que provocó una fuerte reacción de jueces y ulemas, momento en el que pareció que todo el edificio del *Tanzimat* se vendría abajo<sup>108</sup>. Sin embargo, de nuevo, acontecimientos externos condicionaron el devenir de la situación, en este caso el estallido de la guerra de Crimea.

Este conflicto se inició con una nueva invasión rusa. En seguida esta circunstancia fue utilizada por británicos y franceses. El frente de esta guerra, por lógica, debería haberse desarrollado en Rumanía y Bulgaria, pero se desarrolló en Crimea pues el objetivo de los occidentales no era otro que acabar con el poder naval ruso en el Mar Negro. A pesar de esta instrumentalización, el resultado de la guerra fue favorable para los intereses del Imperio, que logró deshacerse de la presión rusa durante unos años. Sin embargo, pagó caro ese apoyo occidental, puesto que la salvaguarda del Imperio dependía ya totalmente de la actitud de las potencias occidentales, quienes además forzaron al gobierno otomano a continuar con las reformas occidentalizadoras, perdiendo así también autonomía en cuanto a su ordenación interna.

Otra vía por la que las potencias europeas se inmiscuyeron cada vez más en la realidad otomana fue a través de la economía. El Imperio otomano vivió a lo largo del siglo XIX un aumento de sus relaciones económicas y comerciales con Europa, lo que permitió el desarrollo de determinados negocios (por ejemplo del textil algodónero durante la guerra de Secesión americana), pero también supuso una dependencia económica que acabó provocando la ruina de artesanos y frenó un posible desarrollo industrial. En los 70 del siglo XIX, un 70% de las importaciones otomanas procedían de Gran Bretaña, un 11'8% de Francia y otro 11'8% de Austria<sup>109</sup>. La intervención extranjera fue también fundamental en el desarrollo del tendido férreo y la extracción minera a través de concesiones de explotación. Además, en 1869 se terminó la construcción del Canal de Suez, lo que inevitablemente aumentó la ya notable presencia extranjera en Egipto. En estos momentos, el Imperio estaba ya, en la práctica, a merced de las dinámicas del imperialismo occidental e incluso las potencias se repartieron áreas de influencia: Irak, Egipto y el Levante para Gran Bretaña; Siria, Túnez y sudeste de Anatolia para Francia; la costa del mar Negro y Anatolia oriental para Rusia, etc<sup>110</sup>.

---

<sup>108</sup> *Ibidem*, p. 330.

<sup>109</sup> *Ibidem*, p. 338.

<sup>110</sup> *Ibidem*, p. 339.

Sobre el fracaso de la industrialización en el Imperio otomano se han propuesto varias explicaciones. Fatma Müge Göçek ha señalado las dificultades de integrar orgánicamente las burguesías del Imperio al generarse una clase burguesa bicéfala: por una parte la surgida del *Tanzimat* (vinculada a la administración, formada en escuelas técnicas estatales y mayoritariamente musulmana), y, por otra, una burguesía comercial mayoritariamente de origen griego o armenio protegida por y relacionada con algunas potencias europeas. Donald Quataert añade que, dada esta condición, comerciantes locales y extranjeros tendieron a escindir el mercado otomano (posiblemente por la propia división en *millets*), evitando su integración y la acumulación de capital (y, por tanto, la industrialización). A esto Veiga añade la intromisión de las potencias europeas en el mercado otomano con capitulaciones y tratados preferentes, invirtiendo en áreas de producción que no les hicieran competencia o impidiendo al Estado otomano desarrollar políticas proteccionistas<sup>111</sup>. Estas consideraciones encajan perfectamente en el modelo de sistema-mundo de Wallerstein. En la competencia interestatal a la que da paso el sistema-mundo, los estados más fuertes encuentran menos dificultades para intervenir en los estados más débiles «presionándolos para que mantengan sus fronteras abiertas al flujo de aquellos factores de producción que son útiles y beneficiosos a las compañías ubicadas en los estados fuertes, mientras que resisten cualquier demanda de reciprocidad en este tema»<sup>112</sup>. De todas estas cuestiones podemos concluir que el Imperio otomano entraría en el sistema-mundo capitalista a principios del siglo XIX.

El siguiente estadio de la creciente subordinación del Imperio otomano a las potencias europeas se dio con la guerra ruso-turca de 1877. Esta guerra empezó por una nueva intromisión rusa en apoyo de los movimientos nacionalistas balcánicos. En este caso, nuevas rebeliones en Bosnia y Bulgaria, que fueron aprovechadas por los principados autónomos de Serbia y Montenegro para declararse independientes y declararles la guerra a la Sublime Puerta. Lo importante de este conflicto es, por una parte, que en él se ve la complejidad de los juegos de poder de la Cuestión de Oriente (temor de británicos y franceses al creciente poder ruso) y, por otra, que en su resolución, acordada en el Tratado de San Stefano (que reconoció la independencia de Bulgaria) y en la Conferencia de Berlín (1878), se estableció un nuevo *statu quo* sobre el Imperio otomano acordado por las potencias europeas. La Sublime Puerta no tuvo ya

---

<sup>111</sup> Sobre el fracaso de la industrialización en el Imperio otomano, véase *ibidem*, pp. 344-347 y 366-368.

<sup>112</sup> WALLERSTEIN, Immanuel, *Análisis de sistemas-mundo...*, *op. cit.*, p. 80.

ni voz ni voto en esta Conferencia<sup>113</sup>. La totalidad de las decisiones sobre su destino y su situación internacional habían sido capitalizadas ya por las potencias europeas. Además, la derrota en esta guerra echó por tierra la materialización de los primeros objetivos de los Jóvenes Turcos (un grupo contestatario con el régimen otomano, partidario del liberalismo, el laicismo y el reformismo): la Constitución otomana de 1876 y el Parlamento de 1877, que habían sido las primeras experiencias de parlamentarismo y constitucionalismo en el mundo islámico.

## LA CONSUMACIÓN DEL DEVENIR HISTÓRICO OTOMANO

La Conferencia de Berlín institucionalizó la «trampa balcánica», una dinámica a través de la cual la intervención diplomática extranjera no hacía sino respaldar y alentar a los nuevos nacionalismos<sup>114</sup>. Los jóvenes estados-nación balcánicos tomaron el modelo imperialista de sus valedores occidentales y los Balcanes se convirtieron en un avispero de rivalidades y múltiples conflictos identitarios, focalizando sus pretensiones en los últimos dominios otomanos en los Balcanes.

Como respuesta a los nacionalismos balcánicos, tres grandes ideologías se fueron desarrollando dentro del Imperio a finales del siglo XIX: el otomanismo (que ponía en valor la unidad del Imperio en su diversidad), el panislamismo (que se centraba más en los musulmanes del Imperio, remarcando el título de califa del sultán) y el panturquismo (que irá derivando en un nacionalismo turco y que triunfará finalmente con el kemalismo y la guerra de Independencia). En retroceso en los Balcanes, trasladó progresivamente el centro de gravedad del Imperio a Anatolia, lo que provocó una «desotomanización» y una «turquificación», a lo que también contribuyó la creciente intervención occidental en los territorios árabes del Imperio, como la ocupación francesa de Túnez en 1881 o la británica de Egipto en 1882 (que se consideró el cobro indirecto de la financiación e inversión que Gran Bretaña había prestado al Imperio) o como las primeras migraciones judías a Palestina<sup>115</sup>.

En el último cuarto del siglo XIX, la adopción de modelos políticos, sociales y culturales occidentales se fue acelerando, a la par que los Jóvenes Turcos fueron

---

<sup>113</sup> GOODWIN, Jason, *Los señores del horizonte...*, op. cit., p. 437.

<sup>114</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, op. cit., pp. 363-364.

<sup>115</sup> *Ibidem*, pp. 364-366.

ganando presencia social, administrativa y militar. Finalmente este grupo llegará al poder en 1908, restableciendo el parlamentarismo y el constitucionalismo otomanos. Es importante remarcar que el triunfo de los Jóvenes Turcos se produce en un momento de «exaltación asiática» propiciada por la victoria de Japón ante Rusia en 1905 y que afectó a otros países como Persia, donde también se había producido una revolución constitucional en 1906<sup>116</sup>. El parlamentarismo acabó por desarticular la ideología otomanista, puesto que supuestamente el sistema representativo debía permitir la armonización de las relaciones entre los pueblos del Imperio, pero acabó convirtiéndose en un foco de inestabilidades y pronto derivó en un autoritarismo creciente<sup>117</sup>. Se inició así una dinámica que triunfó hasta la Primera Guerra Mundial, y que se fundamentó en la extensión del nacionalismo turco y de un reformismo occidentalizador creciente de la mano del heredero de los Jóvenes Turcos, el Comité para la Unión y el Progreso (CUP), en lo que Veiga denomina un «autoritarismo ilustrado»<sup>118</sup>. La influencia occidental empezó a ser tan imparable que tendrá importancia hasta en el desarrollo del nacionalismo turco. Por ejemplo, el ideólogo Ziya Gökalp partirá de las tesis de Durkheim y Tönnies para desarrollar, a partir de la diferenciación entre cultura/nación y civilización, una idea de nacionalismo turco adaptable a la civilización europea, constituyéndose a partir de entonces una historia de los turcos en la que recurrió frecuentemente a estudios orientalistas<sup>119</sup>. Por su parte, el sultán apostó por el panislamismo y la reivindicación de su papel como califa frente al paneslavismo ruso<sup>120</sup>. Llegó incluso a amenazar a las potencias occidentales con fomentar la rebelión en sus colonias musulmanas (hay indicios de que estas amenazas fueron recibidas de forma muy seria por algunas administraciones europeas<sup>121</sup>).

Externamente, el Imperio otomano se vio acosado constantemente hasta la Gran Guerra. En 1911, Italia invadió Libia (algo importante, puesto que condicionó la imagen del sultán otomano como gran protector de la *umma*). Un año después, la Primera Guerra Balcánica supuso una humillación sin igual para el Imperio otomano, perdiendo definitivamente todos sus territorios europeos salvo Estambul. Sin embargo, esta desastrosa situación fue medianamente salvada con la reconquista de la actual Rumelia

---

<sup>116</sup> *Ibidem*, p. 380.

<sup>117</sup> GOODWIN, Jason, *Los señores del horizonte...*, *op. cit.*, pp. 443-444.

<sup>118</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, *op. cit.*, p. 397.

<sup>119</sup> *Ibidem*, p. 398.

<sup>120</sup> GOODWIN, Jason, *Los señores del horizonte...*, *op. cit.*, p. 441.

<sup>121</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, *op. cit.*, p. 378.



turca durante la Segunda Guerra Balcánica. Las guerras en los Balcanes habían alcanzado un nivel sobrecogedor de violencia, generalizándose las persecuciones a musulmanes y la llegada masiva de refugiados a Anatolia. Además, todos estos cambios territoriales se habían producido sin que los firmantes de Berlín intervinieran. Es decir, el Imperio dependía de la protección de un acuerdo internacional que era ignorado a interés y en el que no había tenido poder real de decisión.

Sin embargo, la detonación de todas las contradicciones que se habían generado dentro del Imperio otomano durante siglos se produjo finalmente con su derrota en la Gran Guerra. «La participación otomana en la guerra aceleró todas las fuerzas que habían estado acumulando poder en el imperio durante el siglo precedente: nacionalismo, liberalismo, conservadurismo, centralización y descentralización, otomanismo, panislamismo, panturquismo, occidentalización, tolerancia e intolerancia»<sup>122</sup>. Uno de los elementos más sangrantes en los que incidió la participación en la guerra fue la consolidación del nacionalismo, la voluntad de crear un Estado-nación al estilo europeo en el todavía diverso mundo otomano, algo que fue impulsado por las rebeliones árabes (fomentadas e instrumentalizadas por británicos y franceses) y cuya consecuencia más drástica fue el genocidio armenio.

Finalmente, la ocupación europea del Imperio otomano tras la guerra supuso la resolución de la Cuestión de Oriente y el culmen de la injerencia occidental en el Imperio, puesto que de las intromisiones indirectas anteriores se pasa ahora a una ocupación militar directa de determinados territorios anatólicos, avalada internacionalmente por el Tratado de Sèvres, además del reparto de la parte árabe del Imperio entre Francia y Gran Bretaña con el Acuerdo de Sykes-Picot. En esta situación, en el interior de Anatolia se fue conformando un núcleo de resistencia formado por militares y guerrilleros (muchos de los cuales habían pertenecido al CUP), entre los que pronto empezó a destacar Mutafá Kemal, en un conflicto que se ha denominado «guerra de Independencia turca».

Por otra parte, a diferencia de los emperadores europeos derrotados, los aliados mantuvieron la figura del sultán<sup>123</sup> (que además se mostró muy sumiso con los ocupantes), tal vez con intención de evitar problemas mayores conscientes de su condición de califa. De hecho, el sultán acabó por ordenar el desarme de los militares y

---

<sup>122</sup> GRUNEBAUM, Gustave E. von, *El Islam II...*, *op. cit.*, p. 123.

<sup>123</sup> VEIGA, Francisco, *El turco...*, *op. cit.*, p. 438.

guerrilleros que se enfrentaban a la ocupación extranjera en Anatolia central. Esta ruptura entre el sultán (y los sectores conservadores islámicos que lo respaldaban) y los insurrectos favoreció que estos crearan un nuevo aparato administrativo e institucional laico y protorrepblicano, fundamentado en la Gran Asamblea Nacional de Ankara, lo que supuso que el futuro aparato estatal turco no surgiera del otomano, sino que partiera prácticamente de cero. De esta manera, «[el] colapso total de la sociedad y las instituciones otomanas resultante de la guerra estimuló suficientemente a los turcos no solo para resistir a la ocupación extranjera sino también para llevar adelante, hasta el éxito, la política y los planes de los últimos reformadores otomanos»<sup>124</sup>.

La victoria de los insurrectos y la expulsión de los ocupantes (especialmente los griegos, alentados por un nacionalismo exacerbado), provocaron la sustitución del Tratado de Sèvres por la Paz de Lausana. Esto supone que Turquía fue el único derrotado en la Gran Guerra que logró evitar las humillantes condiciones establecidas por los vencedores. En Lausana, los turcos volvieron a ser considerados en las negociaciones. «Esa fue otra de las grandes victorias de Kemal: el "Hombre Enfermo" de los viejos tiempos había muerto; gracias a la guerra de independencia, Turquía había conjurado el peligro de convertirse en una verdadera colonia o un protectorado, como había ocurrido con sus antiguas provincias árabes. Y ahora, muy en la línea de la mentalidad diplomática europea, de desprecio hacia el Imperio decadente y "oriental" daba paso al respeto y la consideración hacia el ganador que les había puesto contra las cuerdas»<sup>125</sup>.

Finalmente, el 29 de octubre de 1923, la Asamblea proclamó la República, acabando con setecientos años de gobierno de la dinastía osmanlí, rompiendo definitivamente con el pasado otomano. El título de califa se mantuvo un año más, pero acabó abolido también (en un marco, además, de reformas secularizadoras y laicistas). De esta manera, se dio la situación de que dentro de un movimiento contrario a la ocupación europea surgió una nueva dinámica reformista y nacionalista, que paradójicamente ahondó en la occidentalización de las estructuras turcas e inició una nueva praxis política prácticamente asimilable con los modelos políticos europeos. A partir de entonces, triunfó un reformismo más radical que buscaba la europeización de la sociedad, produciéndose una auténtica revolución social y cultural (*Devrim*), que, sin

---

<sup>124</sup> *Ibidem*, p. 123.

<sup>125</sup> *Ibidem*, p. 461.

embargo, se desarrolló, como tradicionalmente, desde una administración autoritaria. De hecho, no podemos considerar el Estado turco una democracia hasta años después de la Segunda Guerra Mundial.

## CONCLUSIONES

Verdaderamente, seiscientos años de historia otomana dan para analizar múltiples cuestiones. Son las condiciones espacio-temporales del Imperio otomano las que permiten configurarlo como eje de gran parte de las dinámicas mundiales abiertas desde el siglo XV, momento en que nacen una serie de macroprocesos como la mundialización, la globalización o la occidentalización.

Por una parte, la condición de que el Imperio otomano fuera una potencia pujante en los siglos XV y XVI nos permite resaltar su papel en el proceso de intercomunicación global que se desarrolla desde entonces. Las consideraciones sobre la mundialización moderna se han centrado generalmente y en exclusividad en los estados europeos y en el continente americano, relegando al resto de espacios mundiales a la categoría de «víctimas». En este sentido, para comprender la mundialización en el escenario asiático, resulta crucial el papel del Imperio otomano, alentado en gran parte por la competencia con los exploradores y comerciantes europeos, que empezaron a recorrer el Índico a finales del siglo XV, y haciendo valer, en ese proceso, la figura del sultán-califa como vértice y protector de la comunidad musulmana mundial. Además, la impresionante heterogeneidad cultural, social, étnica y confesional otomana, permite destacar la capacidad de un Estado que supo (con matices) mantener una cohesión social de forma pacífica y estable, en un marco multicultural inconcebible para cualquier estado europeo hasta el siglo XIX, gracias a una articulación institucional que aumentó su capacidad de integración social y cultural.

Por otra parte, ante la decadencia iniciada en el siglo XVII (que además corre paralela al despegue europeo, a la definitiva superposición técnica, económica y política de Occidente sobre el resto del mundo), el Imperio otomano pierde su papel en la mundialización y progresivamente se ve afectado por las dinámicas de este proceso en sus propias carnes, sufriendo una progresiva injerencia y dominación occidental, acabando a merced de los equilibrios de poder y los juegos diplomáticos de las potencias europeas. Consecuentemente, este desarrollo producirá tensiones internas dentro de las estructuras imperiales con tal de salvarlas, abriéndose un proceso de reforma que, en realidad, se tradujo en la imitación y adopción de modelos europeos y que provocará la división entre «occidentalizadores» e «indigenistas». De esta manera, la progresiva dominación exterior y la paulatina occidentalización interior fueron

procesos paralelos y no contrapuestos. Este doble proceso alcanzó su punto culminante con la ocupación militar del Imperio otomano tras la Primera Guerra Mundial. Paradójicamente, la ocupación europea generó un movimiento nacionalista turco de resistencia que sin embargo ahondó en la occidentalización de las estructuras de poder turcas, esgrimiendo grandes valores occidentales como el republicanismo, el parlamentarismo o el laicismo.

En este trabajo he tratado de desarrollar un análisis que adopte perspectivas y enfoques para la comprensión global y holística tanto de la historia de las sociedades humanas como de sus interrelaciones y que se aleje de convencionalismos tradicionales y orientalistas. Es imposible estudiar y comprender plenamente el desarrollo de las sociedades y los estados a lo largo de la historia sin alejarnos del cómodo eurocentrismo y sin esas perspectivas que ponen su foco en las relaciones e intercambios culturales a escala global, por lo que estos planteamientos resultan especialmente enriquecedores para el análisis historiográfico. Por todo ello, el estudio del Imperio otomano, tan alejado pero a la vez tan cercano al mundo europeo, resulta fundamental para la inmersión en este tipo de estereotipos y planteamientos globales. Además, las dinámicas mundializadoras abiertas a principios de la Edad Moderna iniciaron un proceso de intercomunicación mundial que continúa hoy y que se presenta como una de las cuestiones más problemáticas y complejas del mundo actual. Precisamente por ello, hoy más que nunca, son necesarios autores como Serge Gruzinski y planteamientos como el que establece que para afrontar un mundo globalizado es necesaria una historia global y en perspectiva de larga duración.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, Perry, *El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI, 2016.
- , «Al sur del Danubio», en *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, Madrid, Siglo XXI, 2016, pp. 271-301.
- BENÍTEZ DEL CASTILLO, Jacobo, «El rechinar de la Sublime Puerta: la decadencia del Imperio otomano», en *archivoshistoria.com*, 2018, en línea, <<https://archivoshistoria.com/la-decadencia-del-imperio-otomano/>> [última consulta: 29/03/2020].
- BORREGUERO BELTRÁN, Cristina, «Los europeos fuera de Europa (siglos XVII-XVIII)», en FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna Universal...*, pp. 739-764.
- BUNES IBARRA, Miguel Ángel de, *El Imperio otomano (1451-1807)*, Madrid, Síntesis, 2015.
- BUNES IBARRA, Miguel Ángel de y BEYTAS, Halil, «El Imperio otomano y la República de Turquía; dos historias para una nación», *Debate y perspectivas: cuadernos de historia y ciencias sociales*, n.º 2 (2002), pp. 173-191.
- BURUMA, Ian y MARGALIT, Avishai, *Occidentalismo. Breve historia del sentimiento antioccidental*, Barcelona, Península, 2005.
- CAHEN, Claude, *El Islam. I. Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio otomano*, Madrid, Siglo XXI, 1972.
- COLÁS LATORRE, Gregorio, «Pluralidad de formas políticas en Europa», en FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna Universal...*, pp. 155-176.
- FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna Universal*, Barcelona, Ariel, 2017.
- GOODWIN, Jason, *Los Señores del Horizonte. Una historia del Imperio otomano*, Madrid, Alianza Editorial, 2016.
- GRUNEBaum, Gustave Edmund von, *El Islam II. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días*, Madrid, Siglo XXI, 1981.
- GRUZINSKI, Serge, *¿Qué hora es allá? América y el islam en los albores de la modernidad*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2015.
- , *¿Para qué sirve la historia?*, Madrid, Alianza Editorial, 2018.
- JUAN VIDAL, Josep, «La rivalidad hispano-francesa y la amenaza otomana (1494-1559)» en FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna Universal...*, pp. 177-199.
- LÓPEZ CORDÓN, M.<sup>a</sup> Victoria, «Los conflictos internacionales, 1715-1775», en FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna Universal...*, pp. 661-681.

- MAALUOF, Amin, *Identidades asesinas*, Madrid, Alianza Editorial, 2017.
- MARTYKÁNOVÁ, Darina, «Las transformaciones del Imperio Otomano en el largo siglo XIX: algunos debates historiográficos», *Ayer*, n.º 102 (2016), pp. 241-256.
- RAMÓN SOLANS, Francisco Javier, *Historia Global de las Religiones en el Mundo Contemporáneo*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.
- RIBOT GARCÍA, Luis A., «Las guerras europeas en la época de Luis XIV (1661-1715)» en FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna Universal...*, pp. 467-487.
- RODRÍGUEZ MADRAZO, Jaime Denis, «Jenízaros: La definición social de la élite militar del Imperio Otomano (ss. XVI-XVII)», *Revista Historia Autónoma*, n.º 12 (2018), pp. 61-77.
- SAID, Edward W., *Orientalismo*, Barcelona, Random House Mondadori, 2003.
- SALVADOR ESTEBAN, Emilia, «Las guerras en la Europa de Felipe II (1599-1598)», en FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna Universal...*, pp. 221-241.
- STOYE, John, *El despliegue de Europa. 1648-1688*, Madrid, Siglo XXI, 1979.
- VEIGA, Francisco, *El turco. Diez siglos a las puertas de Europa*, Barcelona, Random House Mondadori, 2007.
- WALLERSTEIN, Immanuel, *El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 2005.
- , *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, México, Siglo XXI, 2006.
- , *El capitalismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 2014.
- WILLS, John E., *1688, una historia global*, Madrid, Taurus, 2002.